

PUNTO DE PARTIDA

Número 79

Dirección: Marco Antonio Campos
Jefe de redacción: Mariela Cuervo
Secretaria de redacción: Ma. Luisa Anzaldúa
Dirección General de Difusión Cultural

Correspondencia, colaboraciones, suscripciones y canje: Departamento de Publicaciones, Radio UNAM, Adolfo Prieto Núm. 133, México 12, D.F. Precio del ejemplar en la República Mexicana \$ 25.00 M.N. Número doble \$ 50.00 M.N. Suscripciones por seis números \$ 150.00 M.N. Números atrasados \$ 50.00 M.N. Números dobles atrasados \$ 100.00 M.N. Las colaboraciones deben entregarse escritas a máquina a doble espacio con una copia en las Oficinas de la Revista Punto de Partida, Dirección General de Difusión Cultural, Centro Cultural Universitario, Insurgentes Sur 3000, de lunes a viernes de 10.00 a 14.00 horas.

Sumario

Homenaje a Efraín Huerta

Presentación	3	Marco Antonio Campos
Efraín Huerta	4	René Avilés Fabila
Efraín Huerta	6	Germán Castillo
Efraín y la muerte	6	Evodio Escalante
Poema	8	Rosendo García Leyva
Apuntes sobre Efraín Huerta	8	Mario Alberto Mejía
Recuerdo de Efraín Huerta	9	Francisco Prieto
La lección más amplia de Efraín Huerta	10	Vicente Quirarte
Para el homenaje merecido a un poeta muerto sin miedo	12	Jaime Septién
País de nubes	13	Francisco Serrano
En el entierro de Efraín Huerta	15	Ida Vitale
	16	Eraclio Zepeda
ENSAYO		
¿Qué es la poesía?	18	Oscar Wong
Isaac Bashevis Singer, escritor del hombre y de la divinidad	21	Becky Rubinstein de Gurvich
Balbuena	24	Jorge Briones

POESIA

Poemas	2	Gerardo Soriano Palma
Poemas	27	Gerardo Cabezut V.
Poemas	30	Minerva Margarita Villarreal
Poemas	31	Jorge Briones
Las horas	36	José Luis Sierra
Poemas	37	Gabriel Trujillo
Poemas	39	Ana Flashner
El funeral del unicornio	41	Laura Masana Suquet
Sin ti	42	Tzinia Salgado
Jinetes Cabalgado en la llanura	44	José Luis Reyes Hernández
Ta-rot poemático	44	David Balderrama

Tirado en un rincón de esta mazmorra	48	Cesar Mayoral
Poemas	4	Eduardo Mosches
A Roxana	51	Luis Navarro

CUENTO

Taller de narrativa coordinado por Silvia Molina

El Centinela	52	Miguel Angel Sánchez Bedolla
Gajes del oficio	53	Maricruz Espinoza
La espera	55	Josefina Contreras
Juntas	56	Lourdes Andrade
El hombre que se volvió paisaje	58	Gumer Fernández G.

Taller de narrativa de Palacio de Minería coordinado por Vicente Quirarte

Cuentos	59	Fernando Vega y Gómez
Cuentos	63	Horacio Morales Muller
—N—	63	Nedda Anhalt
Colaboraciones de estudiantes		
Conchitas	66	Claudio Patricio CastroCampillo
La última derrota	67	Josefa Osuna Marquez
El retrato del muro blanco	69	Perla Schwartz
Una mañana	71	Gabriel Santander

Taller de periodismo coordinado por Máximo Simpson

Perisur	73	Rodrigo Farías Bárcenas
Taller de crítica literaria de la Casa del Lago coordinado por Sandro Cohen		
Herencia	77	Marta Ramírez Reyes
ENTREVISTA	81	Mariela Cuervo
Silvia Molina		

Homenaje a Efraín Huerta

PRESENTACION

por MAC.

Hemos querido en este número hacer un homenaje a uno de nuestros más altos y amados poetas.

Resulta aleccionador que en un medio literario, donde las zancadillas y las dentelladas son el pan nuestro de cada día, Efraín haya estado lejos de ellas, y haya sido reconocido y querido por las más diversas personas. Resulta aleccionador que en un medio donde la suficiencia y los desplantes del consagrado —o del que se cree consagrado— son continuos, Efraín, guardando respectivas distancias con la fama, haya divulgado, y más, dado la mano a los jóvenes.

Pocos olvidaron desde su primera lectura y quizá nunca olvidarán poemas intensos y definitivos de *Los hombres del alba* y de los *Responsos*, o las lianas barrocas de "El Tajín". Fuetazos al cuerpo y al alma, la llaga que abrieron aquellos versos sigue abierta, sangra. La presencia de Efraín sigue abierta, sangra. El, quien desconfiaba de los homenajes, ha recobrado, y qué bueno, múltiples homenajes. Y éste, con sus limitaciones, es uno de ellos.

Me gustaría ser poeta y así poder mostrar toda mi admiración por Efraín Huerta en versos e imágenes. Por desgracia debo limitarme a recordar mi encuentro con su inmensa obra poética. Fue en 1960. Durante los años de preparatoria. Un grupo de jóvenes leíamos emocionados los poemas de Huerta. Gilberto López y Rivas, hoy director de la Escuela Nacional de Antropología, había memorizado varios de ellos y los declamaba con un entusiasmo singular. José Agustín y yo estábamos entre el auditorio.

Por esa época de asombros y descubrimientos conseguí varios poemas de Efraín Huerta. Estaban cuidadosamente mecanografiados y las copias circulaban por la preparatoria y en los salones retumbaban las metáforas, las ironías, las protestas sociales y el amor de Huerta.

Después, a través de una amiga que estudiaba conmigo Ciencias Políticas y compartía mi devoción por Efraín Huerta, obtuve un saludo cordial y la firma del mismísimo poeta. Un autógrafo de Huerta en mis versiones mecanografiadas no sé por quién.

Más adelante, en 1968, poco antes de la matanza de Tlatelolco, tuve la oportunidad de conocer a Huerta. Llegó a una reunión social en casa tal vez de Leopoldo Ayala o del pintor Hernández Delgadillo, se me escapa la precisión. Efraín iba acompañado por Thelma Nava, a quien yo había escuchado leer sus poemas en sesiones públicas y a quien mi generación le debía una de las publicaciones más importantes que leyó: *Pájaro Cascabel*.

La reunión fue naturalmente acaparada por el ingenio desbordado de Efraín Huerta. Me impresionó en especial un poema que dijo de memoria o quizás improvisando, terminado en esdrújulas. Lo más gracioso de la difícil humorada era que cuando se encontraba con palabras agudas o graves, sin problemas les plantaba el acento en la antepenúltima sílaba.

En algún momento Leopoldo Ayala tomó la palabra y mencionó a Huerta como el mejor poeta de México. Es él y no Paz, insistía Ayala. Dionisio Morales solicitó —lo recuerdo perfectamente bien— que tales palabras fueran públicas y no quedaran dentro de aquel pequeño grupo. La fiesta prosiguió. Todos querían conversar con Efraín Huerta y yo, en el fondo tímido, no fui capaz de acercarme a platicar con él.

Volví a ver a Efraín Huerta durante el velorio de José Revueltas. Armado de coraje me presenté con el poeta y lo saludé. Efraín ya no podía hablar por la atroz enfermedad que le destruyó las cuerdas vocales. Con dificultades nos hizo saber su dolor por la pérdida irreparable de Revueltas y se acomodó en un rincón de Gayosso. No obstante, en un poemínimo toma con ironía, con elegante sentido del humor, su tragedia:

Laringectomía
Lo mejor
De todo
Es que
Ya nadie
Puede dejarme
Hablando
Solo

Cuando Efraín Huerta comenzó a publicar sus célebres poemínimos recuerdo que Gerardo de la Torre —quien lo admiraba intensamente y para manifestar este afecto le dedicó su novela *Muertes de aurora*— memorizó muchos de ellos. Yo hice otro tanto. Al momento de escribir esta página saltan dos o tres:

Ay poeta

Primero
Que nada:
Me complace
Enormísimamente
Ser
Un buen
Poeta
De segunda
Del
Tercer
Mundo

EH y AA dicen:

Después
De todo
Todas
Han sido
El Amor
De
Mi
Vida

Monterroseana

Cuando
Desperté
La Putosauria
Todavía
Estaba

Allí

Y uno más, inolvidable y certero:

Desconcierto

A mis
Viejos
Maestros
De marxismo
No los puedo
Entender:
Unos están
En la cárcel
Otros están
En el
Poder

Ahora digo con pena que lamento mucho estar aquí, en un homenaje sin la presencia de Efraín Huerta. Nada hubiera sido más satisfactorio que encontrar al poeta entre nosotros. No soy crítico literario ni sé con exactitud quién es el mejor poeta mexicano. Sé, a cambio, que la poesía de Efraín Huerta, sean los ingeniosos poemínimos, síntesis y precisión, o los poemas largos, maxipoemas, como los espléndidos *Borrador para un testamento* y *Apólogo y meridiano del amante*, siguen conmoviéndome como en aquel lejano 1960.

EFRAIN HUERTA

por Germán Castillo

Tuve la gracia de tocar a Efraín Huerta antes de dos desastres: el cáncer y los reconocimientos oficiales; el primero le hizo lo que el aire a Juárez (Loreto), ya se sabe; de los segundos tampoco yo quiero ocuparme.

Veinticuatro horas, dispersas en dos años, serán como máximo las que pasamos juntos tomando café a la orilla de la avenida de Mariano Escobedo, a un ladito de la Galería Aura Bracho y desde luego con muchos pintores. Fue entonces amistad de un día desparramado la nuestra. Bastante poco, dirán. Para mí, suficiente; desde entonces el amor y la admiración hacia él existen en mí para toda mi edad. Muchas son las cosas que me quedaron claras, pero más aún son las dudas, las preguntas que brotaron en el eje de mi alma como un chancro ganado en la mejor parranda. (¿Ahora sí ya cerraron “El tranvía”?)

Amor al odio por amor, es en suma lo que adquirí en ese largo día de dos años con Efraín Huerta.

Su obra como legado no me preocupa. Aquí está para que el Tiempo y los Poderes Culturales hagan con ella lo que puedan. También está, para que algunos terrícolas de buena voluntad la toquen, y se aterren ante la miseria de nuestro tiempo, pero den fe que en los primeros ochenta años de nuestro siglo hubo hombres, y puedan presentar toda su muerte y toda su vida como evidencia.

EFRAIN Y LA MUERTE

por Evodio Escalante

Parte de la grandeza de Efraín Huerta proviene de su trato constante con la muerte. La aflicción, la negatividad, el quebrantamiento, la destrucción, el autoescarnio, la derrota, la dolorosa promiscuidad, son la mejor constante de su obra poética. Efraín Huerta podría decir, como Elías Canetti, que la muerte es el único acontecimiento real. Esta convicción adquirida tempranamente, ya no se apartará de él. La encontramos en uno de sus primeros poemas, de *Absoluto amor*, cuando dice: “Tengo en mi biografía/capítulos de espectro apuñalado”. Como la encontramos en los *Responsos* y en otras partes fundamentales de su poesía. Pero no es la de Efraín una muerte mirada a distancia, con la comodidad de quien constata lo que sucede en el exterior, sin que su enunciación se contagie con la turbia presencia. No hay un sentido del espectáculo en su poesía, como no hay tampoco hedonismo, fruición contemplativa. Una mirada rajada por la muerte, una voz que asume sus turbiedades, su resquebrajamiento propio. La muerte no es objeto, acontecimiento exterior, es una realidad asumida en las calidades mismas de la voz. A diferencia de muchos de sus contemporáneos, Efraín Huerta convierte el autoescarnio en principio poético, en principio de enunciación. Los ejemplos abundan. Citaré algunos:

“Dulcemente a solas me miento la madre” (del poema “La muchacha ebria”). “En mi sueño se me reveló que yo era la gallina blanca, la gallina atrozmente idiota que no supo besar tu pie derecho” (de “Protesta y rendimientos”). “Y pues me vine, sí, me vine lo más pronto posible/ en medio de una estruendosa rechifla celestial” (del poema “Juarez-Loreto”). O este pasaje *El Tajín*, texto construido todo en torno a la idea de la muerte:

“No hay un imperio, no hay un reino.
Tan sólo el caminar sobre su propia sombra,
sobre el cadáver de uno mismo . . .”

Sin olvidar los poemínimos, en los que el autoescarnio asume a menudo aspectos devastadores, como en este “Handicap” que habría que leer, muy a la mexicana, en el contexto de un hipotético priapismo:

“No puedo
Dejar
De
Escribir
Porque
Si me
Detengo
Me alcanzo”

Pero esta liberación no es inmediata ni está falseada por el conformismo. Estar casado con la muerte y aceptar servilmente sus mandatos no es la misma cosa. La seriedad, la paciencia, la hondura de la muerte en la obra de Efraín Huerta —al mismo tiempo que la protesta en contra de ella—, adquieren en *El Tajín* su manifestación más sobria y más desgarrada. En el itinerario mortuorio de Efraín Huerta, este texto es una pieza maestra a la que todo parece confluir.

Su muerte reciente no nos deja un resabio de triunfalismo. De golpe, sus lectores nos descubrimos convertidos en sus sobrevivientes. Y sobrevivir a Efraín Huerta es un asunto complicado. Su trato con la muerte nos golpea por partida doble. Porque nunca como ahora lo sentimos más próximo, más cercano a nosotros; y porque ahora que leemos sus textos desde la perspectiva de una muerte que era ya definitiva desde entonces, aunque no lo supiéramos, sentimos que cada línea suya se inconforma ante lo inevitable, ante todo aquello que mutila la vida. Los labios que recortaban las palabras, eran también —para decirlo con uno de sus versos— esos “labios consagrados a decir que allí donde nos amamos ya no crece la hierba”.



POEMA

por Rosendo García Leyva

Vivir siempre encendido,
vigilante,
instigador de días terrenales,
deja una luz de tu certeza
poderoso designio de la lumbre.
Asustados te vemos todavía
encabezar la multitud de la mañana.
Andando bajo el sol
enciendes la frente de los hombres
y ves a nuestra hijas
 mujeres sin reposo
llamaradas tendidas bajo el viento
De un sólo abrazo ciñes la cadera del mundo.
Saliste a dividir la sombra en muslos suaves de la noche.
En niñas fulgores amaneces
te levantas en niños horizontes, hermano de la tierra
de la ilícita especie de los hombres del alba,
hombre de mar,
en el sentido abismo del océano silencio de tus pasos
subvertirás cantiles y murallas.
Contra las inclemencias del tiempo y del olvido,
corazón maderable de los bosques,
las gentes construirán su nave duradera
con las balsas tajadas de tu tronco.
Perpetuar tu memoria es lo demás perpetuar tu memoria
naciendo luces ebrias, pesadumbres,
lástimas, disturbios, infortunios,
odios barbaries, declaraciones.
Intemperie.
Tu escritura en palabras de rayo iconoclasta.

APUNTES SOBRE EFRAIN HUERTA

por Mario Alberto Mejía

La primera vez que leí a Efraín Huerta fue en 1975, en las páginas de la revista "Eros". Su rostro aparecía al lado del de Brigitte Bardot y el de Lilia Prado, para su mayor ventura. Cuatro o cinco poemínimos servían para cubrir la nota sobre Huerta. A partir de entonces su nombre se me quedó grabado y, de esta manera, comencé a leerlo asiduamente. Para entonces yo asistía al taller de poesía que daba Alejandro Aura en la Casa del lago. Ahí constantemente se citaban versos de Efraín, más que con admiración, con devoción. A ese taller asistían los miembros de un grupo literario llamado "infrarrealista", quienes, entre el terrorismo cultural y el pop-corn, practicaban una especie de religiosidad por la obra de Huerta. Sus simpatías por Efraín no se redu-

cían únicamente al campo de la poesía, sino que iban más allá, hasta el Huerta político, el Huerta marginado, el Huerta antisolemne. La actitud de los "infrarrealistas" fue la de unos acólitos con cuernos y trinche. Por un lado trataban de vivir los poemas de Huerta, y por otro lado se dedicaban a sabotear recitales en nombre de su maestro. Así, entre los árboles del bosque de Chapultepec, los versos de la muchacha ebria se convertían en la escarcha necesaria para las belladonas y amapolas que los infras sembraban en los jardines aledaños a la Casa del Lago.

Confieso que al principio todo lo escrito por Huerta me parecía deslumbrante. Era tal mi fascinación por su poesía que no distinguía entre la eficacia y la malaventura. Frente a las obras de Paz, Villaurrutia y Chumacero, la de Huerta se alzaba para mí con una fuerza viril de la que pensaba, carecen estos poetas. Aunque en realidad, *Los ángeles* de Villaurrutia son frente a *Los hombres del alba* de Efraín una pálida estampa en el libro del doctor Fausto. Sin embargo, el paso de los años ha cambiado el panorama. Por supuesto que me sigue entusiasmando alguna parte de la obra de Huerta, pero otra ha pasado a desencantarme. Más que malo esto me parece higiénico, saludable.

Las grandes obras también están hechas de fragmentos. Este es el caso de Efraín Huerta.

Cada lector hace su propia antología. Guarda los libros más queridos cerca del sillón preferido o del buró. *Poesía 1935-68* está entre esos libros, y es precisamente el que le ha dado el mayor número de lectores a Efraín. ¿Quién no ha enamorado a alguna muchacha con versos de "Este es un amor"? ¿Quién no le ha recriminado a la ciudad su tedio con versos de *Declaración de odio*?

Con la muerte de Efraín Huerta, como escribió Michellangelo Antonioni de la de Barthes, el mundo ha perdido un poco más de amor, un poco más de ternura, un poco más de humor.

RECUERDO DE EFRAIN HUERTA

por Francisco Prieto

David me lo presentó una mañana soleada —o al menos hoy me ha parecido que fue una mañana soleada— en la editorial Joaquín Mortiz.

Efraín Huerta habló mucho y David traducía aquellos sonidos guturales que eran palabras, oraciones que yo no alcanzaba a descifrar.

No recuerdo de qué conversamos ese día. Lo que sí recuerdo es haberse-me contagiado una alegría de vivir que entonces me faltaba y un sentimiento de confianza ante aquel hombre que poco tiempo antes se autodenominara el último estaliniano. Y recuerdo también haberle pedido, para una revista de escasa circulación un poema en memoria de José Revueltas, pues preparaba yo un homenaje al gran novelista, cuya muerte reciente muchos resentíamos.

Efraín Huerta me citó en su casa cuatro o cinco días después y allí me entregó el poema.

Pasaron dos, tal vez tres meses. El peso había sido devaluado. La revista publicó el poema y le envió al poeta cincuenta pesos. Y digo que el peso había sido devaluado porque así comenzaba la carta que Efraín enviara a la revista *Comunidad* y que ha de haberse perdido entre los escombros de la antigua Universidad Iberoamericana. Recuerdo, no se me puede olvidar, las primeras líneas: "Aunque sea yo un poeta devaluado. . ." Pero recuerdo también que Thelma Nava habló a mi casa para presentarme las excusas de Efraín: no podía haber sido yo quien le enviara los cincuenta pesos.

Sólo nos habíamos visto dos veces. Sentía, de nuevo, la alegría y la confianza en quien primero que nada se complacía enormísimamente de ser *un buen poeta de segunda del tercer mundo*.

Y yo, que he sentido tristeza con su muerte, experimento una alegría honda en contar esta anécdota simplísima de una excelente persona, de un poeta de primera del único mundo posible. Un hombre que supo asumir cada uno de sus actos sin rasgar, ridículamente, ninguna vestidura.

Como cristiano puedo entender su fe y procuro vivir en la convicción suya de que *todo se haya jodido menos el amor*.

LA LECCION MAS AMPLIA DE EFRAIN HUERTA

por Vicente Quirarte.

Cuando la vida de un poeta ha estado en consonancia perfecta con su obra, es difícil que la objetividad supere al cariño y a la admiración que despierta. Con todo, en el caso de Efraín Huerta, entre sus múltiples lecciones de congruencia, inconformidad, desenfado, acaso la más amplia, la que más habré de recordar, es la de habernos abierto los ojos a la ciudad de México, a ese espacio de rebelión que se padece, se conquista e, irremediablemente, se ama. Fue, entre nosotros, el más joven, y la suya no fue sólo la ciudad nostálgica, la de la "negra plata de los veinte años": del "imperio de la plaza Garibaldi", de la comunión con los que tienen "en vez de corazón un perro enloquecido", supo llevarnos a la tierna lubricidad de un Juárez-Loreto y al surgimiento de un Circuito Interior que no pudo —y no quiso— sepultar el espíritu de una ciudad que pocas veces ha sido amada tanto y por un poeta tan enorme. Sus mitologías fueron las cotidianas. Vivía en una calle con el nombre de Lope de Vega, otro gran amante blasfematorio, otro "cenital guerrero de la carnalidad" que en su pecado halló la penitencia gozosa. Las líneas generales de Sandra, la "cabellos de elote" del Juárez—Loreto, la dulcísima monja en el autobús neoyorquino, la inalcanzable Sofía Loren son nuestros actos mágicos de cada día, cuerdas que pulsamos cuando entendemos, como nos enseñó él, que la poesía y la vida constituyen una cópula indisoluble.

Mucho se repiten versos, poemas enteros de Huerta. Pocas veces se ha hablado de la importancia de un libro central no sólo en la obra de Huerta sino en toda la poesía mexicana moderna: *Los hombres del alba*. Antes de esos poemas, nadie había contado la ciudad con esa entrega, con esa autenticidad, con ese sentido solidario hacia la casta que ve en el alba arrabalera la única posibilidad de existencia digna. Pocas veces ha habido una voz más viril. una ternura más furiosa que la de ese poeta al que no podemos sino todavía ima-

ginar en las primeras horas de la madrugada del brazo de una muchacha ebria que desconoce su popia ternura.

Indudablemente que existen en México poetas más puros, más cuidadosos, más calibrados. Pero no creo que haya otro cuyos versos existan tanto en labios y memoria de quienes conciben la poesía no como una evasión sino como una furiosa y definitiva entrada en la vida. Huerta no se hubiera sorprendido de saber que muchachos del Colegio de Ciencias y Humanidades recitaban de memoria poemas suyos en la madrugada del puente de Nonoalco, después de la borrachera y la convivencia con los teporochos en esa hora mineral donde sólo el alcohol nos mantiene vivos; tampoco que en *La Castellana*, la cantina en la que corrigió junto con Pablo Neruda el "Canto de Amor a Stalingrado", un grupo de muchachos quiso colocar una placa ni que su poema "Avenida Juárez" sirvió como eje del espectáculo que presentaron los fotógrafos y pintores de "Peyote y la compañía".

La única vez que lo ví, no pude decirle que mi primer conjunto de versos estaba dedicado a él. Pero esa única conversación con Efraín no ha terminado. Muchos de los poetas generación —Arturo Trejo, José Francisco Conde, Ricardo Castillo, Angel José Fernández—, continuaremos plagiando, viviendo versos y blasfemias memorables, y cuando marchemos por "la viva y venenosa calle de San Juan de Letrán" —jamás Lázaro Cárdenas— "en la parte más honda y verde de la vieja ciudad", o cuando una muchacha nos saque la cartera en la cotidiana refriega a bordo del delfín, o cuando miremos la maravilla de esos muslos rubios, elásticos y eternos de las adolescentes montando en bicicleta por las calles de Horacio, las fauces del más tierno cocodrilo volverán a abrirse para tragar la vida con esa integridad y esa limpieza que nunca se cansó de enseñarnos.



PARA EL HOMENAJE MERECIDO A UN POETA MUERTO SIN MIEDO.

por Jaime Septián

La muerte es la única verdad que nos ha sido dada a conocer, la única certeza de la vida. Así, toda nuestra paradójica existencia es un intenso alegato en su contra, alegato que en algunos pierde intensidad hasta convertirse en leve murmullo y que en otros —muy pocos, dolorosamente pocos— se levanta en forma de grito desgarrado, de blasfemia brutal o encerrada bajo la imagen del poema, de la obra de arte.

El grito, la blasfemia y la poesía son tres formas de rebelarse ante la inminencia de la muerte y cuando aparecen juntas arman una trilogía revolucionaria y absorbente. Conste que rebelarse a la muerte es aferrarse con necesidad al fluir indeciso de la vida, es agarrarse angustiado al fugaz brillo de la existencia; como nos lo mostró Efraín Huerta en sus libros.

Quizá el hecho que más asusta de la muerte es el juicio de los vivos; tarea irremediable para la cual poseemos la memoria, algunas imágenes fotográficas y las obras realizadas que son —siempre— irrepetibles. En la muerte de Efraín Huerta sólo me queda hablar, juzgar, sus obras literarias. Ya su vida plena ha sido recordada por quienes lo conocieron y supieron íntimamente de sus dudas, sus aciertos y sus temores. Yo me quedo con la parte de su existencia que supo vaciar en las incontables hojas que pasaron por su máquina de escribir. Ellas me habalaron directamente, sin tapujos, del sufrimiento, del dolor y de la esperanza humanas; en este momento no puedo más que mirar con envidia las tardes de solidaridad y los gozosos sobresaltos de un hombre que nos indicó claramente que la poesía está ligada de manera indisoluble a la vida.

Es cierto, si algo ha dejado Efraín Huerta en la memoria de la juventud —de nosotros los que nacimos cuando el mundo empezaba a vivir las etapas más sombrías de la automatización, el cinismo y la dejadez— es ese amor no planificado hacia la poesía y la existencia. En una generación llena de muerte, en una juventud —que si bien es cierto, no toda es “ice cream” o tontería cuyas perspectivas se ahogan en el juego de la sin razón y la apatía, la voz de Efraín Huerta debería sonar como un grave grito en contra de todo rostro planificado, en contra de la corriente que traga adolescentes abúlicos, en contra de la indolencia compartida en la que se han convertido el amor y la repulsa social.

El verdadero revolucionario —tal nos dijo Ortega y Gasset, tal nos confirmó Efraín Huerta— es aquel que va en contra de los “usos” sociales y no el que se mueve contra los “abusos” del poder o del aparato represor llámese como se llame. Apenas si es necesario aclarar que la poesía es claramente subversiva, no sólo porque descubre nuevas relaciones entre las palabras, no sólo porque muestra al hombre en su brutal paradoja, sino porque remueve los fundamentos sociales y es una de las pocas trincheras desde la que el hombre puede rebelarse contra la muerte y seguir existiendo en los labios futuros de los futuros lectores.

Por eso, Efraín Huerta sale airoso del juicio de los vivos y —estoy seguro— habrá de seguir latiendo en la menguada juventud que se derrama, habrá de seguir corriendo por la sangre— ¡oid esta generación mía!— de quien quiera morir como los poetas: blasfemando, mentando madres, agarrándose como ebrios a los barandales del infierno, rumiando enfurecidos la triste victoria del tiempo.

Adolescencia: país de nubes

Octavio Paz

¿Quién? Un impreciso rostro
embotado por la epifanía del deseo:
lentos brotes de orquídeas parásitas
sombreado el litoral de los labios.
Y el anhelo creciendo como cual vegetal.
En las terrazas abiertas a la ciudad pulsátil
las leves plantas de las muchachas despertaban
otra aurora: bailando. Giros, roces . . .
Ascendíamos los escalones de la música
en búsqueda de la percepción reconciliada.
¡Qué cuerpos como ramas!
Obstinaciones al ritmo bullente
que zarandeó a mi generación.
Entretanto engullíamos veneno
a sorbos: . . . También quisimos el bien .
Cundía la hinchazón del deseo postergado
en la noche ávida del insomnio adolescente:
élitros de vaho, incubos súbitos,
manipulaciones fulmíneas y culpables;
lecturas que estrellaban la mirada
o regueros de pólvora los cuerpos.
. . . Acorralada marinería de labios.
Y alguna tarde, bajo la sombra verde ámbar
de los fresnos del parque
(recuerdo un par de ojillos acechando en el seto)
el esplendor de las exploraciones unánimes.
Balbuceo . . . zafia sucesión de sensaciones
inéditas y atónitas.
¿Permutaciones? Hubo: inquietud picada de astros.
¡Las manos se fugaban tras los ojos
de todas las miradas tras el tacto!
Un día para siempre tu estandarte y divisa:
el ardor de la yacija y su vértigo ciego,
el sitio de la herida inapresable.
Horas de sueños febriles, de fiestas inanes;
la luna ocre meciéndose en el aire,
el ansia velocísima, las ropas
mojadas de rocío
Pasar aquellas noches . . .
Niños estúpidos en autos excesivos,
frecuentábamos la devoción de la metáfora
y el equívoco hábito del burdel.
Oscilábamos entre el miedo y la exaltación.
Palabras y hechos que querían decir: escarnio.
Trizadero de mañanas y noches
fermentando en el filo de las sienas

como diademas de metal estricto.
Bastaba con burlarnos de ello.

¿Sí?

¡Cuánto orgullo, jactancia!
Desconocíamos la introspección.
(Y lo más importante: compartíamos el riesgo,
esa exhuberante forma del idealismo.
Saltar en pedazos . . .).
En los pasillos de la escuela deambulaban
con los ojos brillantes,
en vilo por el ímpetu fiel de su entusiasmo,
los primeros emisarios de la *Conmoción*,
los pioneros de la propaganda.
Entonces era delicioso creer.
Paraísos, oasis, campamentos de nubes
ondeando en el estuario de la luz.
Los rápidos delfines de la droga:
oquedades e incendios.
La ablución de pastillas monstruosas
o acres cigarrillos liados a medias . . . ¡Volutas . . . !
Cayendo espesamente estupefactos
desde los confines de la risa irreprimible,
todo nos aturdía, salvo la realidad,
sí, que era insoportable.

Y de pronto

el *M A Z A Z O* del *p-á-n-i-c-o*,

el horror y sus anillos de serpiente
entre las ruinas;
la defección bajo un cielo ominoso
convulsionado por banderas crueles
(más tarde aprendimos que el sueño había concluído).
Nos queda no poco de aquella calcinación:
bajo distinta luz, en belfos de otro dulzor,
persiste aún su privanza de metas,
la apetencia de un suelo sin temor y sin prisa
Si el contagio no te hubiera atrapado . . .
Como una fotografía caída en el fuego
se crispa, bruscamente ya, y se inflama,
los hechos, los días, las imágenes,
el lenguaje, el amor que echa raíces,
las súbitas presencias —vueltas humo—
de entonces, se prenden bajo el peso del pasado,
pavesas de la hoguera de otros días,
y acometen el alma.

Antes que la sombra lejana caiga
más allá de las frondas altas contra el crepúsculo,
como un pájaro ígneo picotea
el fruto del gran árbol de la vida
quiero aún disfrutar de la larga vehemencia ágata:
asisto a las últimas raciones de un festín
por cuyos restos crispados sin duda
preguntará el futuro.

Alguna vez supimos de aquella condición.

Su aliento nos ha consumido *sin delicia*.

EN EL ENTIERRO DE EFRAIN

por Ida Vitale

Toda gloria
 la tierra precipita
silencio
sol
azul
y nubes
En un aire sin fraude
pájaros cantan
 cavatina brevísima
Y la Mujer tendida
 absorta vela

Tú sigues
el misterioso viaje
Ya no hay Juárez--Loreto
 tentaciones
Llegarás
 ya sin prisa
a la estación que fuiste preparando

Arriba
 quietos
¿quién sabe adonde vamos?
Duerme el aldeano en un colchón de heno
El pescador de esponjas descansa sobre
 su mullidísima cosecha
¿Dormirás tú sobre papel escrito?



EFRAIN HUERTA

por Eraclio Zepeda

Efraín Huerta fue también amigo de mi padre. Fueron compañeros de sueños y parrandas, de conversas y caminos. Don Eraclio y don Efraín coleccionaron, disciplinadamente, algunos amaneceres alegres, rodeados de la risa y las historias de Chiapas y Guanajuato.

Hace más de cinco años Don Laco Zepeda, el viejo, aceptó morir. Había dado una buena pelea por la vida, una larga marcha de combates, esperanzas, derrotas y nuevas esperanzas. Aunque la más constante de ellas fue Esperanza Ramos, mi madre.

En aquellos días de tristeza, la soledad colgó un largo paño a la entrada de mi casa. Hasta ella llegó, en el Gallo Ilustrado, el amor de Efraín.

Por aquellos días tuvimos otra herida abierta: la caída de Roque Dalton. Años después, Roque Dalton hijo, me contó: Efraín escribió un poema a la muerte de mi padre; Thelma lo leyó en La Habana y Efraín me abrazó con los ojos húmedos. Sentí que mi papá volvía a caminar.

Ahora Roque Dalton hijo es prisionero de guerra en el Salvador a donde fue a cumplir su deber de combatiente. Hasta su prisión desconocida, habrá llegado la noticia de que Efraín ya no está con nosotros. Y en su celda debe haberse repetido aquella tarde en el Vedado.

He querido recordar hoy estas dos historias. Son una tierna lección que el poeta nos entregó durante toda su vida: la de amigo, hermano y compañero. Pendiente siempre de combatir el dolor. Y ciertamente se aprende: el dolor repartido quema un poco menos.

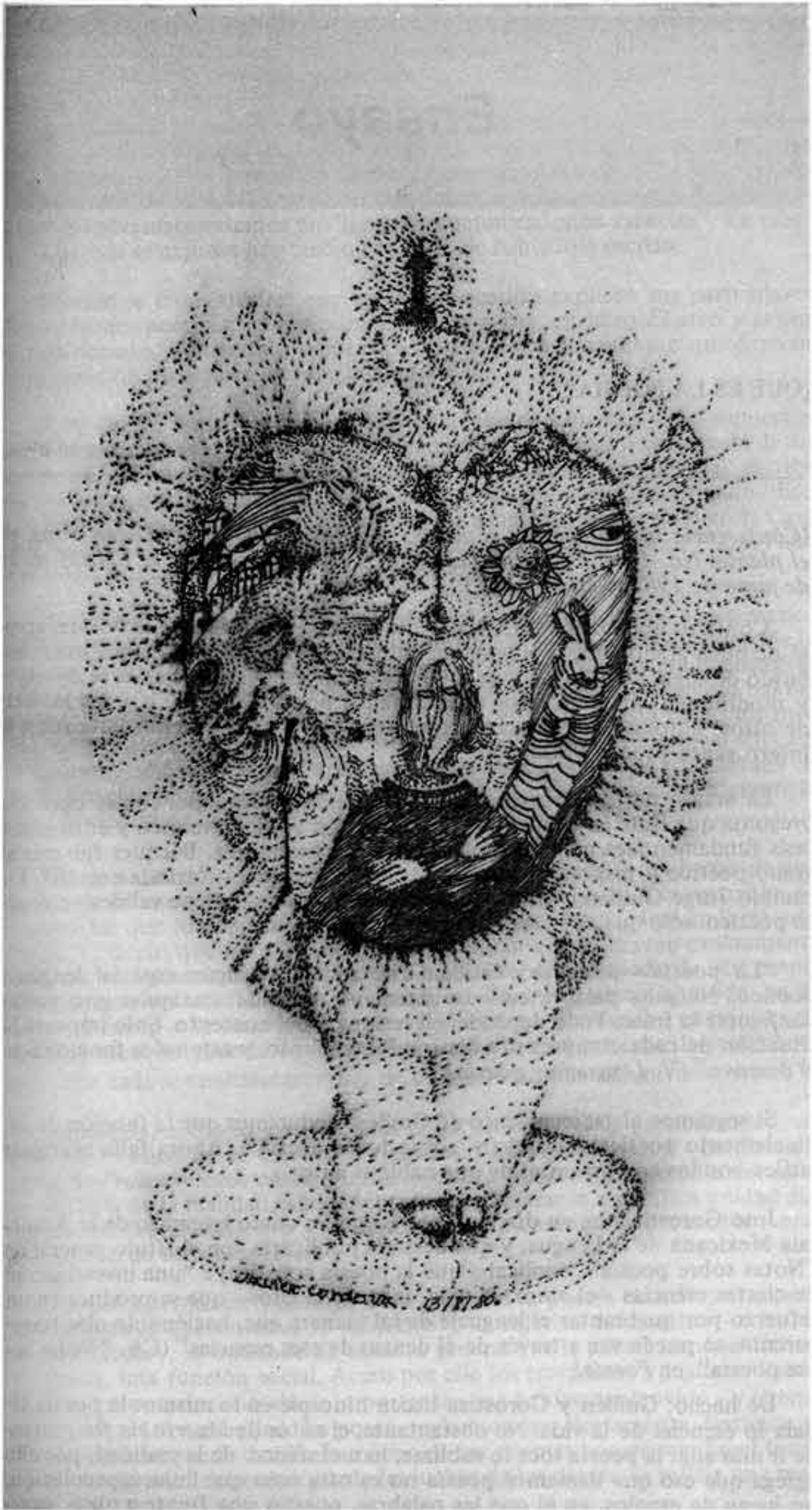
Efraín luchó siempre por la vida: es decir contra la injusticia, el dolor, la crueldad y la muerte. Fueron sus armas la sencillez, el amor, la vitalidad, la risa y una firme posición ante el mundo. Esas mismas armas las esgrime hoy contra su propia muerte.

Yo estaba en Managua libre el día en que empezamos a ya no tenerlo. Hasta allá me llegó la noticia. Esa noche en el teatro Rubén Darío, la revolución evocó su figura y su genio y envió un abrazo triste al pueblo mexicano, a Thelma, su compañera, y a los muy queridos Eugenia, Andrea y David.

El auditorio se puso en pie y señaló para siempre: ¡Efraín Huerta! ¡Presente!

Ahora en estos días en que estamos empeñados en construir ladrillo tras ladrillo, el nuevo partido unitario, recibí una satisfacción: se pasaba lista a los organismos de base y de pronto escuché: “¿Efraín Huerta?” y una bella muchacha se levantó para contestar: “aquí estamos”.

Si me permiten mis compañeros cristianos que saben más de estos asuntos, me gustaría imaginar que en algún sitio, mi viejo Laco, mi hermano Roque y mi maestro Efraín están conspirando entre risas y sonrisas, para abrir esa puerta por la cual los pobres tomarán al cielo por asalto.



Ensayo

¿QUE ES LA POESIA?

por Oscar Wong

(Conferencia sustentada por el poeta y periodista chiapaneco Oscar Wong, en el plantel No. 1 del Colegio de Ciencias y Humanidades de la UNAM, el 21 de junio de 1982, a las 12 horas).

Confieso que cuando la UNAM me invitó a charlar sobre la Poesía, acepté de buen grado porque el tema me interesa sobremanera. Siempre estoy imbuido de ideas sobre el género . . . aun cuando en ocasiones éstas se opongan y modifiquen mis conceptos estructurados por la experiencia y las lecturas de otros autores. Quiero aclarar que no tengo la respuesta absoluta sobre la interrogante ¿qué es Poesía?

La mayor parte de los poetas han pretendido responder con su obra a la pregunta que flota en el aire. Otros se arrojaron al ruedo teórico y entregaron tesis fundamentales para algunos estudios de preceptiva. Bécquer fue más al grano poético y respondió —erótica y maliciosamente— “poesía eres tú”. En cambio Jorge Guillén expresó que incluso lo cotidiano tiene validez en el acto poético, sólo que debe ser convenientemente manejado.

“La poesía —destacaba Guillén— no requiere ningún especial lenguaje poético. Ninguna palabra está de antemano excluida: cualquier giro puede configurar la frase. Todo depende, en resumen, del contexto. Solo importa la situación de cada componente dentro del conjunto, y este valor funcional es el decisivo” (V. *Lenguaje y poesía*).

Si seguimos el razonamiento de Guillén, deducimos que la función de cada elemento poético es válido y, sobre todo, decisivo. Ahora falta averiguar cuáles son los componentes de que habla el autor.

José Gorostiza, en su discurso de recepción como miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, y que después publicaría con el título general de “Notas sobre poesía”, explicaba que la poesía constituye “una investigación de ciertas esencias —el amor, la vida, la muerte, Dios— que se produce en un esfuerzo por quebrantar el lenguaje de tal manera que, haciéndolo más transparente, se pueda ver a través de él dentro de esas esencias” (Cfr. “Notas sobre poesía”, en *Poesía*).

De hecho, Guillén y Gorostiza hacen hincapié en lo mismo: la poesía señala lo esencial de la vida. No obstantante, el autor de *Muerte sin fin* pretende ir más allá: la poesía toca lo sublime, lo metafísico de la realidad, por ello agrega que eso que llamamos poesía no es otra cosa que “una especulación, un juego de espejos, en el que las palabras, puestas una frente a otras, se re-

flejan unas en otras hasta lo infinito y se recomponen en un mundo de puras imágenes donde el Poeta se adueña de los poderes escondidos del hombre y establece contacto con aquel o aquello que está más allá” (*op. cit.*)

En realidad, el poeta de *Canciones para cantar en las barcas* considera que la poesía es la organización de la experiencia existencial para que resulte más intensa, y vital, partiendo de un proceso significativo y de un lenguaje comunicador de valores o esencias. Básicamente nos acercamos a nuestro objetivo cuando manifestamos un “lenguaje comunicador de esencias”. En efecto: la poesía se expresa por medio del lenguaje hablado o escrito.

Cuando se citan autores que en alguna ocasión explican sus particulares concepciones poéticas, es imposible soslayar a Paz: su libro *El arco y la lira* es cuestionado y defendido con la intensidad y apasionamiento que derivan de la posición ideológica de cada comentarista.

Y es que *El arco y la lira* contiene una serie de supuesto y pre-supuestos sobre el tema que siempre encuentran eco en los lectores a quienes está destinado. En 1974 también caí en la trampa de la soberbia intelectual: escribí un ensayito, que publiqué en “El Gallo Ilustrado”, de *El Día*, titulado “Eso que llamamos poesía”. Este trabajo dio pie a un librito que publicó la Casa de Cultura de Toluca, dentro de la serie, colección mejor dicho, “Abra Palabra”. Ahí pretendí cuestionar el libro de Paz (1).

A casi una década de distancia, reelaboré algunos conceptos y sistematicé algunas ideas. Supongo que en mucho me ayudó la guía coordinación de la maestra Silvia Durán, durante la beca de crítica literaria que me concedió el INBA-FONAPAS en 1978. En efecto: revisé mis notas sobre poesía bajo el método de Georg Lukács (creía en ese entonces en la poesía como un rito, donde el poeta era el supremo sacerdote, algo que no se podía tocar sin caer en la profanación); descubrí entonces que la poesía debía ser considerada en tanto relación verbal, con sonido y significado, que expresa esencialmente la autoconciencia de la evolución de la humanidad.

Mi no definición, sino mi nueva idea al respecto, partía del hecho de que la poesía se encontraba en esa unidad de contrarios, justa e inseparable, de manera tal que lo expresado no pueda serlo de otra forma, sino en la ya utilizada; es decir; que los términos que conforman al poema sean exactamente esos, sin variaciones; que el contenido no pueda ser expresado de otra manera, sino con esa combinación de vocablos. Lo que Jaime Labastida, en *El amor, el sueño y la muerte en la poesía mexicana* consignaba como esencia de lo poético; “el mundo —aclaraba Labastida— es un *entresijo* de fenómenos en el que cada ser particular *refleja* de un modo peculiar al universo entero”.

Labastida, como lo averigüé más tarde, reiteraba en la particularidad, ese concepto básico en la estética de Lukács. “La particularidad —confirma el autor de *Prolegómenos a una estética marxista*— como punto medio del reflejo estético de la realidad es lo único capaz de aclarar la específica unidad dialéctica del factor subjetivo y el factor objetivo como principio motor y contradictorio de toda esta esfera”.

En otros términos, podemos derivar que si la poesía constituye una unidad dialéctica que sintetiza lo subjetivo y lo objetivo del hombre —o mejor, de la historia—, se entiende de manera general que la poesía tiene, en última instancia, una función social. Acaso por ello los trovadores y juglares “cantaban” los acontecimientos más importantes que habían conmovido —y conmocionado— a la comunidad. La poesía juglaresca era, ciertamente, testimonial, como también puede decirse lo mismo de los poemas homéricos. En el fondo de los acontecimientos épicos, de las luchas de los dioses, se refleja una realidad.

¿Qué es, pues, la poesía, sino la voz más entera del hombre que entrega sin duda alguna el espíritu de la época en la cual se inserta tal hombre? Para hablar en términos de expositor, digamos que tradicionalmente la historia literaria reconoce cuatro tendencias básicas en la poesía, partiendo necesariamente de los sujetos o protagonistas que intervienen en el proceso poético. A saber: a).- el objeto, b).- el sujeto creador, c).- la obra misma, y d).- los receptores.

La clasificación está supeditada a la preponderancia del objeto (realismo), a la del sujeto creador (romanticismo), a la de la obra (poesía poética o poesía pura) y a la de los receptores (poesía social).

Sin embargo, cualquiera que sea la clasificación que empleemos, es obvio reiterar que para conocer cuál texto es poesía, debemos adentrarnos en la observación directa de la obra. Buscaremos que en el texto que nos interesa estudiar se cumplan las leyes generales de la poética —el ritmo, la entonación, ecétera—observando muy de cerca si la obra refleja de manera correcta, objetiva, la realidad. Es decir, que el contenido nos sea ofrecido de manera nueva.

Vale referir que también nos logre conmover, que nos mueva esa fibra íntima del alma en virtud de la tensión o dinámica interna que tengan los versos. Ahí está, a mi juicio, la clave para reconocer una obra poética. Respecto a la temporalidad de la obra, cabe recordar lo que decía Goethe: “En su cima suprema la poesía parece completamente externa; cuanto más se refugia en la interioridad, tanto más está en vías de perecer”.

La poesía, se dice, está en todas partes. Sólo falta buscarla, captarla por medio de nuestros sentidos y expresarla convenientemente con palabras. Es lo que dice Lukács: El que una obra de arte sea capaz de ejercer un efecto perdurable o sólo efímero depende de la corrección y de la fuerza abarcante del reflejo de la realidad, de la profundidad y de la pasión en la captación de lo esencialmente nuevo, en la elaboración del contenido ideal . . . ”.

Sí, ahí está la clave: expresar relaciones humanas universales (a veces a través de condicionamientos histórico-Filosóficos, como ocurre en *Muerte sin fin*, de Gorostiza), concretados por la categoría de lo particular; el que el contenido ideal sea entregado con pasión de manera tal que sea novedoso.

Ciertamente: todo mundo habla de amor, pero sólo los poetas nos entregan un contenido nuevo en cada versión de ese amor. Todo lo demás estará lejos del criterio de valoración que manejamos, dentro de la simple derivación especulativa del lector o escucha.

Como corolario, debo citar a Martín Heidegger: “La poesía parece un juego y, sin embargo, no lo es. El juego reúne a los hombres, pero olvidándose cada uno de sí mismo. Al contrario, en la poesía los hombres se reúnen sobre la base de su existencia. Por ella llegan al reposo, no evidentemente al falso reposo de la inactividad y vacío del pensamiento, sino al reposo infinito en que están en actividad todas las energías y todas las relaciones”.

Vemos, pues, que todas las respuestas sobre ¿qué es poesía? apuntan a lo mismo: al hombre y sus relaciones con el mundo. En la medida en que la poesía refleja esas relaciones, con esa dinámica interna del verso, con esa tensión del espíritu, en esa medida estará reflejando su autenticidad. Todo lo demás es simple juego verbal, una pirotecnia de sonidos que deslumbra y enceguece, pero que jamás hace hincapié en lo contradictorio del hombre.

(1) No recuerdo exactamente la tesis de Paz, aunque parece ser que establecía la diferencia entre poesía y poema, explicando que éste último encerraba a la primera en realidad, el autor identificaba el sentido de la belleza, lo estético, con la poesía. Por mi parte, yo aclaré que ésta era una configuración verbal significada por la *poeticidad*, o sea eso que hace que una obra de arte sea poesía.

ISAAC BASHEVIS SINGER, escritor del hombre y de la divinidad.

por Becky Rubinstein Gurvich

Ensalzado y criticado por su obra; justo ganador del Premio Nobel de Literatura 1978 o usurpador de este máximo galardón; escritor obsesivo de temas escabrosos y prohibidos o profundo conocedor del alma humana; escritor perverso o sincero.

La crítica alrededor de Isaac B. Singer oscila de un polo al otro, igual que su propia obra y su propio ser.

Bashevis, quien parece moverse entre dos mundos opuestos, en dos realidades diferentes, es el creador de una literatura compleja en su temática, en sus personajes, en su dimensión espacio-temporal y en los diversos y múltiples géneros que desarrolla.

Autor de ensayos, cuentos, novelas, crítica literaria y memorias íntimas; creador prolífico y versátil e inconfundible en su estilo personal, adoptó varios seudónimos en su trayectoria artística.

Bashevis, para evitar confusiones con su famoso hermano Israel Yoshue Singer, eligió el nombre de su madre Bat-Shave y publicó bajo el seudónimo de Isaac Bashevis, nombre empleados por él, únicamente en las obras de carácter formal. Por otro lado, firmó sus publicaciones periódicas bajo el nombre de Y. Warshovsky y, para sus obras teatrales, designó el apelativo de O. Segal. Sin embargo, esta clasificación no pecó de rigidez, ya que, en cierto momento Warshovsky le prestó a Bashevis su nombre para firmar sus memorias.

Bashevis, profundo conocedor de la tradición Judía y rabínica específicamente por ser hijo y nieto de rabinos, posee los conocimientos de un doctor de la ley que se mueve en el mundo gentil en búsqueda de la esencia del hombre del hoy y del ayer.

Bashevis es el autor de la búsqueda del justo medio entre la tradición heredada por sus ancestros y el otro mundo, el de los gentiles que abre sus horizontes para mostrarle su filosofía, un pensamiento diferente, válido también para el judío.

Bashevis, rabino y filósofo a su manera, conoce el pasado de su pueblo, sus libros y su historia siempre ligados al pecado y a la historia de sus vecinos, los no judíos. Sus relatos tradicionales están siempre relacionados con el mundo exterior, el guetho judío, a pesar de su clausura se abre a la influencia benéfica o negativa de sus prójimos no judíos.

Un esclavo judío, del siglo XVII en Polonia, vive una de las más extraordinarias historias de amor con la hija del amo gentil en un mundo donde se castiga como pecado máximo la unión entre representantes de estos dos religiosos en eterna pugna.

Judíos rectos se torturan al dudar de las enseñanzas de sus antepasados al sentirse atraídos por el mundo del exterior; buenas hijas judías contraen ma-

trrimonio con jóvenes polacos, quienes las insultan y las vejan, ignorando el sacrificio de estas Hijas de Israel.

En *Satán en Boray*, en época del falso mesías los judíos infringen las leyes tradicionales olvidándose de las enseñanzas de sus ancestros, dejándose influir por las pestañas de los anti-mesías, quienes prometían la llegada del redentor, no gracias a la virtud sino a través del pecado y del mal.

Muchos seguidores del falso Mesías se convirtieron a la creencia de Mahoma, olvidando quienes eran y que habían nacido de madre judía. El triunfo del malo, de Satán, equivale a la pérdida de muchos fieles a Israel. Por eso es que Bashevis escribe: "El nombre de D— era execrado en todas partes. En las aldeas, los campesinos se quejaban incluso que los judíos habían traicionado su fe y se conducían como gitanos y parias".

En *Shasha* el mundo judío de la entre-guerra, es testigo del aniquilamiento de una cultura milenaria amenazada por Hitler y Stalin, fuerzas del mal que pertenecen al mundo exterior, fuera del alcance del judío, que se ve amenazado con la dispersión de su núcleo familiar y nacional con la destrucción, la tortura y muerte.

Bashevis va y viene en el vaivén del tiempo, aunque casi siempre se concentra en la judería polaca de la cual procede.

Este escritor ágil y curioso, retrocede a la época del cruel asesino Chmelnitzky, a la época de los falsos mesías o bien presenta la situación del judío polaco contemporáneo, quien se abre para emigrar a otras latitudes, a diferentes horizontes: América, Palestina o la cuna del comunismo.

Sus personajes conforman una rica variedad, una vasta amalgama de seres, que en su diversidad nos hablan de otros mundos existentes en tiempos remotos y en tiempos actuales.

La Familia Moskst, representa una familia, como muchas otras, conformada por seres que conjugan en su interior lo bueno y lo malo; seres que padecen y que hacen padecer; hombres y mujeres que dudan y que actúan llevados por sus pasiones, por el egoísmo y por la envidia.

Bashevis presenta así mismo, estudiosos que dudan de la tradición heredada y del D— de Israel frente a los piadosos de la ley, que cumplen hasta el sacrificio los estrictos preceptos morales.

Un esclavo judío, a pesar de su servidumbre al amo gentil, continúa fiel a su fe, en oposición al mago de Lublín, hombre concededor de la Ley que vive sumido en el pecado de la carne en la duda de su Creador y, casi caer en el precipicio, reniega su vida anterior, para volver a su hogar primigenio y, penitente, se convierte en el rabino de la Ley.

En *Shasha* al personaje central masculino, es un saltimbanqui metafórico, siempre en la cuerda floja de la duda, como el propio mago de Lublín, aunque en la primera obra citada se trata de un escritor. Este vive en forma relajada, en constante lucha en el campo intelectual, atacado continuamente por la duda existencial y por la justicia divina.

Como se ve los personajes descritos por Bashevis Singer son hombres y mujeres en eterno conflicto entre el Bien y el Mal, que se anidan en el alma humana. Los piadosos viven en paz, mientras que existen otros seres que conocen de cerca el pecado y que se alejan de su judaísmo, que dudan y que retornan purificados tras ardua y peligrosa trayectoria interna.

De esto se concluye el tema obsesivo de Bashevis: el dilema eterno entre el Bien y el Mal, entra la maldad y la bondad.

Por eso, no resulta extraño, que Bashevis presente a sus personajes judíos caracterizados por defectos y bajas pasiones que conformen el mundo oscuro del alma.

Los judíos, parece decir el autor, no son diferentes el resto de la familia humana. Son tan buenos o tan malos como los gentiles y viven atormentados, como los demás, por los mismos dilemas que los conducen a la perdición o a la santidad.

Los personajes de Bashevis Singer poseen un despierto instinto sexual que los orilla a cumplir con sus deberes maritales o bien a buscar mujeres extrañas y pecar con ellas.

Estos eligen su propio destino y bajo el libre albedrío se pueden convertir en adúlteros, en "don-juanes", en hombres obsesionados por el sexo, quienes alejados de la enseñanza judía, que presenta el sexo como función procreatoria, se enajenan en el mundo de la concupiscencia o del amor prohibido.

La búsqueda de la divinidad es otro de los temas que obsesionan a Bashevis, el escritor multifacético.

Sus seres de Ficción buscan a la divinidad sumidos en la duda, renegando y ofendiendo al D— de sus antepasados, sumidos en la maraña interior que los atormenta y aprisiona.

Para el Premio Nobel de la Literatura el sexo y la divinidad son los tópicos centrales de su creación literaria, especialmente, cuando estos se entremezclan de extraña manera.

Bashevis afirma que en sus historias existe sólo un paso entre la sinagoga y la sexualidad. Para sí ambas facetas poseen una gran atracción dentro de la sociedad humana.

Y, agregaríamos, aunque el tema erótico no es nuevo dentro de la Literatura Judía, más de uno considera exagerado y extralimitado el erotismo en la obra de Bashevis.

Por otro lado, Bashevis, además de mostrarnos al D— Supremo nos introduce al mundo de la magia y de la fantasía habitado por espíritus malignos, genios, brujos y monstruos perteneciente al ámbito de la superstición y de la irracionalidad.

La divinidad no es solamente D—, aunque parezca herético, también deben considerarse aquellos seres fantásticos pertenecientes a otra dimensión y que rigen por igual nuestros destinos.

En el mundo literario de Bashevis coexisten D—, la divinidad lícita con las deidades ilícitas, pero existentes en el subconsciente, en la parte irracional del alma humana.

Para concluir, Bashevis nos sorprende como un cierto conocedor de la Cábala, del Talmud y de la Torá, conocimientos que conjuga con la filosofía de otros filósofos no judíos, como Schopenhauer, con las Vanguardias en la Literatura y en el Arte, lo que significa la posible coexistencia de dos mundos diferentes en un mismo receptor, en una misma obra, en los cuales residen armónicamente los polos opuestos.

Por lo tanto se dice que Bashevis conjuga lo moderno con lo antiguo; lo actual con lo remoto; el Bien y el Mal; el mundo judío y el gentil; la impiedad y la religiosidad, pues para este escritor judío de origen, polaco de renacimiento y residente de los Estados Unidos de Norteamérica, el hombre ha sido y sigue siendo, a pesar de sus diferencias, un ente eterno y universal impelido por sus pasiones internas y en eterna interrogación ante lo divino y lo inescrutable.

BALBUENA

por Jorge Briones F.

Lanza el pregonero su estentóreo grito y el firmamento se llena de asustados pájaros hambrientos llevando en su apurado vuelo el olor vegetal de la mañana. Más allá y por detrás de los cerros, el sol desbroza como flor de prisionero botón y a su ritmo el mundo adquiere perfiles de realidad tangible y

Son los amaneceres de Balbuena que traen muy temprano los frescos y encendidos vientos del Noroeste, el espontáneo bullicio campirano, el pueblo en sí con sus casuchas adoquinadas al pie de los cultivos en un proyecto en expansión interminable, sin murallas a su crecimiento porque todo es valle en despoblado, tierra que se prolonga virgen hasta que el horizonte pone tope a la mirada escudriñadora de sus habitantes.

Balbuena despierta generosa: el aire oxigena los pulmones y refresca la memoria milenaria de los campesinos con sus tierras que vuelven a nutrir sus intestinos con el agua de sus presas diminutas y gigantes. Las acelgas se extienden formando una espesa alfombra verde diseminada por los campos y en tiempo de cosecha, doradas plantas de cártamo agujonean el universo con sus espinas hacia el cielo. Los cañaverales mecen tranquilos sus disparejas cabbelleras al compás del viento y los ciruelos, los mangos, guayabos y los arrayanes parecen guardar en su quieta presencia una extraña historia encuadrada, vivencias que nunca podrán ser contadas.

Por la rivera del canal principal el espectáculo de los corrales atestados de pastura y estiércol donde pacen despreocupadas las vacas mientras su dueño les arrebatata su blancura de unas largas y abultadas tetas color rosado. Y luego la odisea de cruzar el laberinto de canalitos que irrigan los sembrados o admirar la puesta del sol, ponerse en mero centro del despejado cielo a invitar a dios a contemplar la creación humana hecha balbuena o bañarse a hurtadillas, todo bichi, debajo de los drenes a aspirar los olores que el campo brinda en demasía.

Balbuena, hospitalaria balbuena, llena de campesinos, llena de vida.

Poesía

POEMAS

*por Gerardo Soriano Palma,
(10 años)*

LAZO

El lazo en lo alto
 del cañón
Gato en luz brillante
que mira a la altura
 de lo que ve:
El cielo en cielo

a lo blanco
 a la altura
 y a la impresión
a formas imaginarias más que veo
en la altura
en lo alto:
 me caen el cielo y las nubes

Se queda viendo
a lo que no ve
 y a lo que no va a ver
nunca
porque a dónde ve
no hay nada

Premio Nacional de Poesía Infantil durante tres años consecutivos: II, III y IV Encuentros Nacionales de Poesía y Pintura Infantil convocados por el Instituto Nacional de Bellas Artes, FONAPAS, y el Gobierno del Estado de Chiapas en 1979, 1980 y 1981.

SEGUNDO

VIENTO EN PRIMAVERA (Muerte)

Viento cansado
Suspiro del viento
Muerte del aire truenos

Primavera
 sol cansado
Sueño en la muerte
del viento y primavera
Y nace verano

EL OSCURO AMANECER

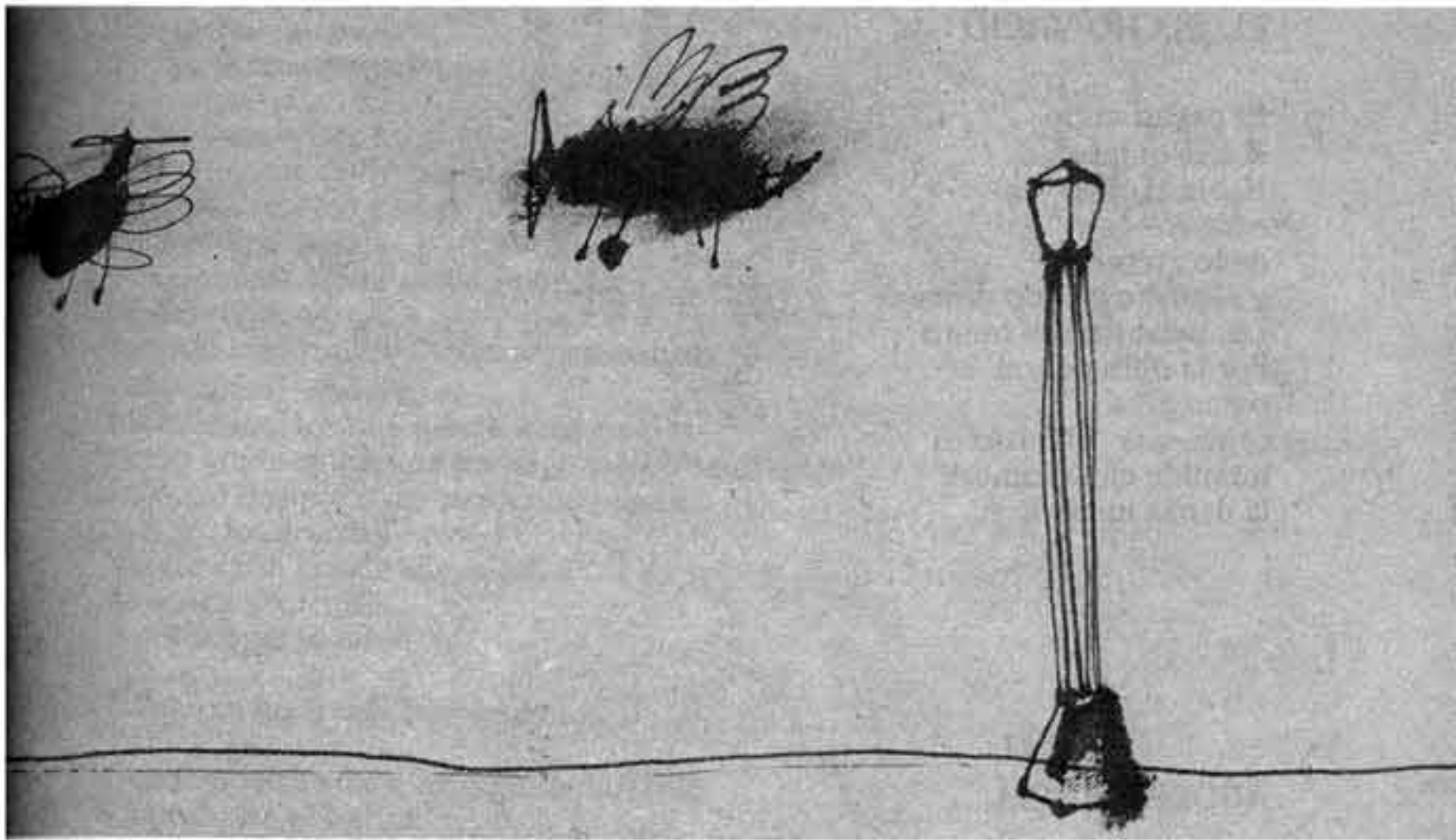
En el mar hallé un amanecer oscuro
En la arena encontré a un caracol regalado
 y el oscuro amanecer
 el sol y la luna
el sol en un lado, la luna en el otro
Feliz me siento que haya amanecido
en un oscuro amanecer
Despertar de abrir un ojo,
el cabello despeinado,
 viendo el azul
cielo con gaviotas

EL SUEÑO

Viví un día
Pensé una noche
Pasaron cinco años
Soñé lo mismo:
que viví y pensé
Un día soñé
que pensaba un sueño
Lo soñé y lo viví,
a los pocos siglos.

HAY COSAS . . .

Hay cosas se sienten
y no se ven
Hay flores que son bonitas
y no huelen
Hay vida que vivimos
y muerte que sentimos
Y hay poemas duelen
y no se escriben.
26



POEMAS

por Gerardo Cabezut V.

LA LECTURA

Frente a la ventana leo
los poemas que encienden
de la memoria silenciosas brasas.
La luz, rosada humilde,
paloma gris en el hueco de mis manos.
Llovizna.
Abandono el libro y me abandono a ti,
al murmullo obtenido,
a la marea invencible del deseo.
El jardín se desfigura.
Todo se desmaya
como en un sueño,
todo (árboles, aromas,
ángeles, ausencias)
sobre las alas tiéndese del tiempo.
Alguien —quién sino tú— me llama por mi nombre.

EL PECHO VACIO . . .

El pecho vacío
el aire quieto
Habla el cielo
—altivo—
de lo eterno
y al sueño mismo vence
Las palabras son humo
Por la obra del sol
pasan aves
Consiente el misterio:
humilde en la sombra
la danza inmóvil

ADOLESCENCIA

Junto a ti la fuente
no es espejo,
sin transverberantes
astillas
que me incendian
las manos.

P. M.

“ . . . un olor de casa sola.”
Pablo Neruda

La casa en silencio.
Camino un corredor de luz serena
(delgado párpado de claridad).
El jardín es una humilde
procesión de hortensias
dobladas por el viento
(embozadas voces,
secretos a medio olvido).

La mesa del comedor
tiene aún los platos sucios,
los rumores de la conversación,
los vasos con la huella frágil
de los dedos y los labios:
un desorden perfecto.
Sobre el mantel se extiende
una hiedra de cansancio,
de imperceptible tristeza.
También hay migajas y manchas de café.

Del racimo de uvas,
escojo la más pequeña,
la oscura.
Y basta para que caiga
el alma en un dulce mareo
y sienta remotos golpes
de nostalgia herida
o la tibia amargura de tu ausencia.
(Adivinaría, ahora,
hasta el más tímido de tus pensamientos.)
Contemplo —absorto—
los cuadros, los muebles, los espejos,
como quien emprende un largo viaje y se despide
indeciso porque teme perder la imagen,
el sitio, los aromas.
Insisto en el hondo silencio.
Se apagan, además,
las ruinas de la tarde.

Incineran mi frente los recuerdos.

Quedo oculto en un sueño indescifrable
y me abraza el hastío
y la llama invisible de la soledad
salta violenta como un tigre.

UNA FLOR

Al aire abierta,
con suave ademán
anuncia el rezago de la tarde.

Bebe la luz
que delicadamente la combate.

Alguien quiso decir
pero la voz se hizo polvo,
polvo el paisaje.

Fue más dulce que nunca,
la más bella agonía:
la semilla en diamante.

Descuido amoroso,
cautivo fulgor del pie de un ángel

Vuelve los ojos, no hay nada:
ni la flor, ni el instante.

POEMAS

por Minerva Margarita Villarreal

GUIRNALDA DE SUBITOS COLORES

Guirnalda de súbitos colores
parpadea suelta tus pétalos dolorido espasmo
cámara de tibieza
El mar no encuentra entradas a los ríos
El trabajoso encino del verano viene a adorar tu vientre
suave incógnita de vientos
toca la sombra de tus pezones dormidos de distancia
La clave de tu vida está en los sueños del océano
cuyos ruidos asustan a las aves ciegas de volar
Sobre las esteras yace el canto
y lo mismo es un círculo platino
que las nubes encierran volátiles
La vida se maravilla en tus contornos
donde el plumaje blanco se desliza
cubriendo cada palmo de tu cuerpo
Es un batir de arenas a horas de despeje
cuando miles de seres soportan
la hendidura de la inhóspita marea

RECUERDO

Hombros enlazados.
Dolorido camino entre penumbras y luces que descienden
en los mismos decrépitos duraznos.
Hombros que se rozan
deslizándose el ocaso en medio del silencio que sangra
y congela el porvenir del tacto.
Hombros que se abren al unísono de la última caída de estrellas
(marchitadas,

quebradas entre la lanza del temor.
Hombros enlazados que se rozan, que se abren
desnudos al borde del lecho espumoso del océano.
Seres anónimos hacedores de piruetas y fangos,
títeres acartonados, ángeles a oscuras
paladeando la tristeza de la lluvia enrojecida
en los labios que derrumban la ceniza:
el transcurso violento de un
recuerdo desde la lápida gris, cálida, que añoro
en la puerta impenetrable de la alcoba.

LA CUSPIDE DEL TIEMPO SE DESLIZA

La cúspide del tiempo se desliza
puebla todos los hábitos
nadie escapa al tropel

viene a habitar cuartos de sequedad humana
de cuando el hombre solía pulverizarse en su reflejo
y los ecos convergían en realidades

La tarde espléndida iluminó su silueta envejecida
al hacer tropezar a Catulo
cuando dibujaba viejos muertos en jóvenes historias
Cicerón maniaco empecinado se quejaba en su máquina de escribir
El porvenir es una hojeada a la tumba
desde un cómodo departamento ciudadano con olor a cactus y humo

POEMAS

por Jorge Briones

El Machista.

Era tan macho
tan macho
que nadie ponía en duda
su origen caballuno.

El Panadero.

La última vez que se le vió
fué en el fogón.

El Psicólogo.

Profesionalmente
conocedor de los problemas
murió ahorcado por uno de ellos.

El afilador.

Afilaba de tal forma
los cuchillos
que los barbudos
se rasuraban con ellos.

El intelectual.

Leía tanto
que la autopsia
reveló
muerte por “deglución
violenta de palabras”.

El cinéfilo.

Tal era su delirio por el cine
que pidió en su testamento
ser embalsamado en celuloide.

El servicio urbano de camiones.

Era tan urbano
el servicio
de camiones
que no entraba
a las colonias de la ciudad.

La rueda de la fortuna.

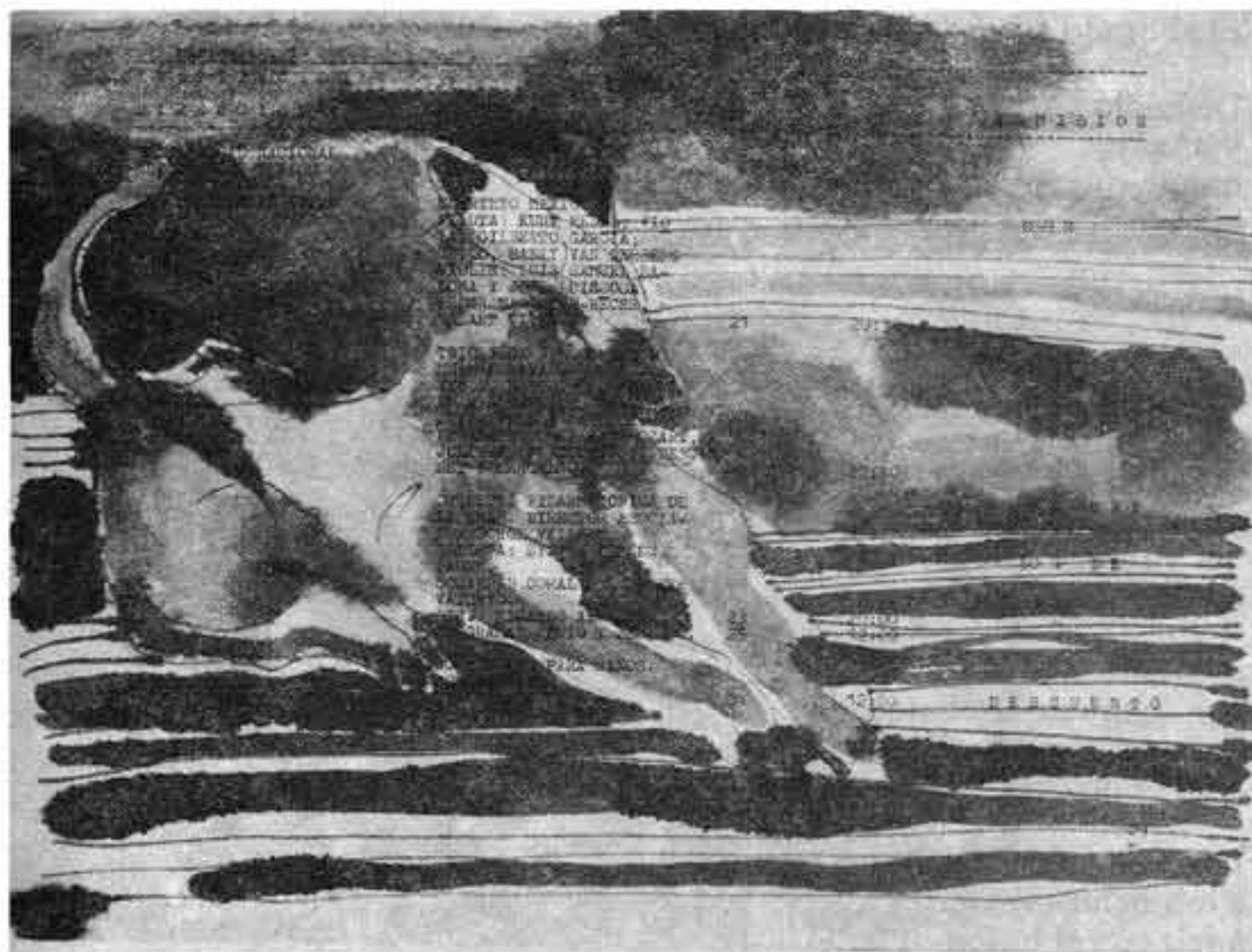
Dió tantas vueltas
que acabó mareada.

El lechero.

Fue de los despedidos
con la última sequía.

La Llorona.

Lloró tanto
pero tanto, tanto, tanto
que las calles se llenaron
de navíos.



La miona.

Mió tanto
que los vecinos asustados
temiendo un nuevo diluvio
construyeron una barca.

El trotamundos y la miona.

Encontrados que por fin se vieron
el trotamundos le propuso
a la miona
irse nadando por el mundo.

El locutor.

Habló tanto
que se quedó mudo.

El terrateniente.

Enfermo de masar tierras
quizo apropiarse de los cielos.

El abogado.

Defendió a todos
y a tantos
que se quedó sin defensa.

El bufón

A la una y a las mil
a las dos y tres maromas
¡el bufón, el bufón,
denle paso, denle ya !

Ataviado con su traje
con figura de arlequín
flaco su cuerpo entusiasta
¡ qué hombre ! es hora de reir.

La risa, la risa, jojojo
a reir hemos venido
a reir con el bufón
que ¡oiga, dele paso ! ¡dele paso ya !.

Al bufón todo escenario
no le inmuta el corazón
ver la risa de sus trazas
y de su ocurrente expresión.

Hábil y virtuoso en su oficio
el bufón sabe que da
con su presencia escarlata
alegrías al por mayor.

Y así la fiesta se llena
de caras sonrientes ¡oh!
solo que atrás escenario
el bufón no ríe más.

Un poema, uno.

*A propósito de los tiempos en una
experiencia humana.*

Cuando de niño atesoraba porvenires
los guardaba
sin desdeñar uno siquiera.

De joven intercambiaba porvenires
daba y recibía los mejores
se jactaba de tener bastantes.

De viejo regalaba porvenires
los más sagrados porvenires.



Despertamos
a primera hora
brazo a brazo
con los demás gallos
y cantamos
 nuestra propia voz
– casi idéntica a la que olvidamos
en el sueño – :
sintiéndonos tan vivos
para recorrer/ estas nuevas horas.

II

¿Es un avanzar
este descanso?

El ojo se obtura
– la cortina en un breve zumbido
recupera las imágenes – :

desperezarse
ante sí,
salir para una
recuperación:
la única,
la primera,
la otra vez;
este siempre
bienestar.

III

Sereno,
entretanto,
levantas la cortina
del día:

oyes repiquetear
allá afuera
el clamor . . .

Y no sabes por dónde,

por qué rumbo
desaparece.

* *Universidad de Querétaro*

IV

¡Cómo braman los dioses
que guardan la eternidad!

¿Qué desesperanza corre
entre los tiempos de este acto?

Esta vida,
estos aires,
estos lugares
del mito . . .

No hay recuperación.
Es mentira.
No regresamos,
es sola la idea
que maltrata
nuestra espera.

Es un rito /este placer:
descobijarse
por la mañana,

salir en definitiva,
entrar a la calle
de todos nuestros días.

PUERTO

por Gabriel Trujillo

Naúfrago de sí mismo
El mar se hunde a la primera mirada

La noche dispersa sus espejos
Por la superficie en calma de su rostro

En el muelle
la lluvia pregona otros paisajes

RECICLAJE

El espectáculo del verano
Incendia las palabras

Pájaros humeantes se posan
En la cúpula del olmo

La luz inscribe en el paisaje
El sendero de la llama

De sus cenizas
Nacerá el otoño y sus retablos

SIBILA

Como la luz eres transparente
Un giro de color sobre el arcoiris
Como los sueños no tienes
Fin ni principio
Caminas por la ciudad dormida
Que ignora tu presencia
Y tu presencia en reino eterno
Sibila de vientos húmedos
Y palabras de oculta permanencia
Por ti hablan las hojas del otoño
Los días que aún no llegan
Las siempre mismas cambiantes estrellas

REFRANERO

La luna es un sol dormido
El mar estalla en caracoles
En el rumor de los cuerpos el tiempo se sitúa
Quien olvida luz pierde sombra
La realidad no pasa de espejismo
Sin esfinges no hay enigmas
El futuro precede a la memoria
Toda muerte satisface a los gusanos
El amor es tan exquisito como la basura

MECANISMOS

Enciende la noche su sol ensimismado
El mecanismo interno de los sueños
En el óxido tenaz de la memoria
Acostado a tu lado me pregunto
Qué sueño es nuestro pan de cada día
Qué luz habita en la oscuridad
De nuestros cuerpos
Reunidos bajo el ritual de la palabra compartida
En este lecho donde yo sumo
Estrellas a tu rostro luna a tus mejillas
De muchacha dormida contra el alba
En la víspera azul del espejismo

METAFISICA ANIMAL

Murmurando plegarias para aquellos
Que nacieron a imagen de otros dioses
El escorpión otorga —piadoso— su veneno

CORRESPONDENCIAS

Hay noches que se abren a otras noches
Y su oscuridad se anima entre los astros

Hay otoños sin hojas ni metáforas
Donde el verde sobrevive a su pasado

Hay mujeres que son azules como ángeles
En el país del aire enaltecido

Y ninguna luz puede ocultar
La nítida envergadura de sus alas

POEMAS

por Ana Flashner

UN HOMBRE

El viento del mar
apagó la arena
Lejos, un cuerpo yace,
Como al comienzo de la historia
calla.
Su silencio flota con las nubes
y nadie puede decirme
si hay aquí
un hombre

CHAPULTEPEC

En la bruma
se agitaba la palabra
diáfana, ágil.
Sobre el lago
un cisne dormía
deteniendo en su pico
la luz.
Vida sostenida
en el movimiento
la buganvilla me cantaba
el sonido del viento.

MELANCOLIA

Afuera llueven
las formas terrestres
pesadas, confusas.
Se evaporan las islas
con este poema
de un tiempo ajeno
Ya en reposo
el mundo me lanza
al viento

PASADO

La lluvia barrió
los escombros
de otras estaciones.
Me consumí
en el fuego
hasta la paz

OLVIDO

Solo el ave
que llevo dentro
entiende
el olvido
de la hoja
del árbol
de todo eso
que me hizo
ser
 el viento

SACIEDAD

La vida no busca saciedad
Saciedad es solo una pausa
un suspiro
en el camino
y perpetua es la eternidad

PRIMAVERA

Dormía
la primavera
en el regazo de la tierra
y en el despertar
la vida

ESCRIBIR POESIA

Belleza y amor
la materia
y la mente
liberan
la dulce creación

IMPACIENCIA

La impaciencia
no es más
que el latido
del tiempo

GRITO

El grito
del mundo
es
impaciencia.

EL FUNERAL DEL UNICORNIO

por Laura Masana Suquet.

La muerte brumea y escurre,
rocía y cobija mis senos de nube,
la piel semilla el silencio
y brotan los gritos de un callar profundo
cuando nacen el unicornio y el centauro.
¡Como ha de tocar mi cuerpo si no existe!
nadie lo ha inventado aún,
ha de rasgar los muros para saber
si viven dentro pedazos de piel perdida.
Surge licor de noche por el cuerpo,
y sabe a miedo y plumas de gaviota,
lo viene cargando alguien que viste de asombro y risa,
inventa las manos,
inventa la boca, el cuello y los senos,
desgarra la profundidad de mi existencia
hasta que la noche explota en grito, lágrimas y sangre,
y el funeral del unicornio ha terminado.

Y me iré quizá sobre el último beso de la noche,
a través del último rayo de viento,
pero antes de que por mis venas corra el sabor del alba . . .
tu ya estarás ahí,
y la lenta danza de tus dedos
la estarás meditando como un suspiro etéreo.

Desearé el acompasado paso de tu tiempo,
pero antes de empezar a ser la misma niebla
para cristalizarme sobre tu ritual profundo . . .
ya la primera hebra de luz
me habrá cubierto.

Te has convertido en semilla,
en el centro de mi espíritu no puedo dejar que brotes,

sin embargo cada día tu voz me estará mojando,
tu ser me estará quemando,
te convertirás en hiedra,
volverás mi angustia verde,
me destozaras la piel,
y de tanto llorar savia
los caminos de mi cuerpo
se habrán vuelto tierra triste.

Silencio . . .
sólo un silencio inmóvil y helado
y el tañir impresentible de tu trascender de cobre,
tu epidermis amarilla lleva la boca cerrada.
Ambar callado en el incienso,
dime:
¿en cuál de los minutos de tu sexo
murio el grito?
¿en cuál de los latidos de tu entraña
se ha enterrado?
¿en cuál?

SIN TI

Por Tzinia Salgado

Es imposible leer el libro de mi memoria
sin descubrir tu mirada clara
aquella
que observo asomar entre las páginas que,
enamoradas,
la hicieron prisionera.

Es imposible tomar mi pluma etérea
y conformarme, como antes,
con lo que generosa me daba,
si he conocido tu andar indiferente
y la inseguridad
como respuesta a tu presencia.

Es imposible volver
a la soledad profunda
de mis vivencias, mis vacíos,
mis espectros,
si tus cabellos hablan de caricias
y tus ropas de fecunda compañía.

Pero también me ha sido imposible
confesarles a ellos
pluma, libros, espectros,
que ahora me siento sola
aun cuando están conmigo,
que necesito un invitado
a la tertulia de los domingos.
¿Y sabes por qué temo?
Porque gemirían desconsolados
—ellos, que se han creído dueños
absolutos de mi trama—
al comprobar
que el verano sólo puede venir . . .
contigo.

Pero si me ayudaras
a convencerlos,
si un día vinieras de improviso
a visitarnos
y ellos oyeran de tus labios
un relato
contado a la manera fresca
de tu experiencia,
sé que
en cuanto quisieras marcharte,
ellos te pedirían
un rato más
no te vayas
quédate
y tal vez te arrancarían
la promesa de relatar para ellos toda la noche.

De eso estoy segura
y sin embargo ¿cómo invitarte
a mi mundo de demonios y fantasmas,
vorágine y agonía,
si la cordura, celosa,
te retiene para ella,
te quiere para ella,
te desea para ella?

JINETES CABALGANDO EN LA LLANURA . . .

por José Luis Reyes Hernández

Jinetes cabalgando en la llanura,
sonidos de trompetas sin presencia,
la muerte que presiente mi existencia
o la luz que ilumina mi locura.

Tengo la la bestia del hombre en mi esencia,
alma cortada por mi desventura,
la señal que se borra en la armadura,
en los huesos, el polvo de insolencia.

Mientras mi vida dure en esta vida,
seguiré mis recuerdos, remarcando
como el rayo en la fúnebre tormenta.

El corazón con fuerza parricida,
mendigo que el dolor está buscando,
o muere, o su locura se incrementa.

“TA-ROT POEMATICO”

(Quién puede desmentir
al ingenuo cuando dice:
soy tan feliz como un
copo de nieve en
el infierno)

por David Balderrama

He venido a éste sitio sin sentido
porque quiero encontrar
el otro lado del principio.

Hundir mis manos en el vértigo
y desgarrarle
la garganta al tiempo.

Danzando estoy.

Danzando
como cuerdo
encrucijado.

Al ritmo de mi plexo fornicador
despellejando vamos los caminos
mientras

cambiamos y cambiamos
y sembramos discordias
porque se atoren los
semáforos.

En obeliscos lúdicos
ensartamos donceles
para llevarlos
por las noches de luna
entre gritos eufóricos, sangrantes,
marchando con redoble de tambores
y compases de címbalo; ostentosos al viento,
sobre las copas de los árboles
sobre las copas de los árboles
en medio de ansiedades
ululantes.

De recuerdos de cosas escondidas . . .

Cual humedad, tranquilamente
llegaremos al núcleo de los prostitutas
para desmoronar sus festivales
y sellar con graciosos orificios
sus palabras triunfantes.

DIEZ Y OCHO

El tiempo del poeta había llegado.

¿Qué puedes replicar si todos ellos lograsen rebelarse?
Ha muerto el hijo
de los que se quedaron
encerrados
en la figura hueca
construida con el brillo
del plexo.

Ellos que lo parieron con tanto amor.
Amaneció
con una mano en el botón de marcha
de la computadora
y con la otra en el teléfono
(¿Tratando de salvarse?).

Los periodistas anotaron; el médico legista
dice que fue del corazón,
infarto de consancio,
nosotros afirmamos que fue un susto
puesto que lo encontraron de rodillas
en el suelo
con el cordón de su zapato
enredado en la pata del cerebro electrónico
en actitud de fuga (es evidente).

Su rostro estupefacto
con una baba espesa
chorreando los tableros
y las piernas bañadas
con el producto de sus intestinos.

Pero se publicó;

Murió apaciblemente
recostado
en su silla
con la pluma en el puño.
Transcribimos el texto
que anotara en su agenda,
proyecto de su próximo discurso:
Debemos repartir
más justamente nuestras ganancias
recordando en primer término
que somos más cristianos
al defender la democracia,
y en segundo, que los obreros
realizan el veinticinco por ciento
del trabajo . . .

Enseguida

tres páginas con pésames
esquelas
oraciones
anécdotas curiosas
que terminaban siempre
con la frase;
era—el—más—bueno—de—los—hombres
dios—lo—tenga—en—su—gloria.

El poeta pasó

con el espejo de su lenguaje
reflejando la luz polarizada de Saturno
entre las dos figuras
que ladraban
a la retina augusta
de lo desconocido.

Se llegó al precipicio

después de atravesar la llanura
de lenguas
—bosque cruel de fantasmas—,
se tendió
con las manos entrelazadas
bajo la nuca, y se durmió
tratando de comprender.

DIEZ Y NUEVE

La primera mañana del Verano cayó sobre su rostro.
Bajo sus pies,
 estaba un Mar-magenta
 (ser extraño),
 posado en una isla muy pequeña.

Se miraron los dos y,
 el ente aquel
 ondeando su estandarte de letritas,
 retorciendo sofisticadamente
 sus pequeños tentáculos,
 exclamó en el idioma
 de su linaje,
 despectivo:

Yo no se por qué dicen
los que dicen,
que caminar diciendo
por decir
¿que fue lo que dijisteis
 que dijeron
 los que dirán
 que ya no dicen
 nada
 aunque se pongan
 a decir?

Diré
 que lo que pasa
 es que te digo
 que los que digan
 SOMOS
 se perdieron.

Soltó una carcajada escalofriante
 y se fue sumergiéndose
 en el reflejo
 tornasolado del océano.

El poeta escribió sobre su cuerpo
 desnudo
 esta canción;

Cuando las lámparas humanas
 ya no atestigüen la presencia del ocaso
 ni el titilar de las estrellas, habrá
 un amanecer
 extraordinario en el planeta.

¡Ese día el sol saldrá temprano ¡

Y el velo de la niebla de toda nuestra noche
 se partirá.

Con una línea recta
 de abajo arriba será cortado.

Las montañas emergerán.

Serán boyas anunciadoras de la entrada en el puerto.
El rocío de la hoja, ha de tornar a las alturas.
El reptil, se estirará cuan largo
sobre la nueva roca;
cálida roca.

El tan antiguo correr de los arroyos
ha de seguir corriendo
sin saber ser antiguo.

Las aves, los roedores, los insectos . . .
La piedra a punto de rodar cerro abajo . . .
El granito de arena, la rama que se pudre,
la soledad
el viento . . . , todo despertará
y estirará sus miembros
haciendo un gran bostezo.

Luego . . .
luego vendrá la primavera.
El espacio se llenará de extraños soles.
Se vestirá la tierra en nuestro sueño
y soñará nuestras verdades,
un arco iris que nadie ha imaginado.

Y. ¿quien sabrá de la existencia
de los que no subieron al tamiz
que surcaba,
los más temidos mares?

TIRADO EN UN RINCON DE ESTA MAZMORRA . . .

por César Mayoral

Tirado en un rincón de esta mazmorra,
acuden a mi mente, presurosos,
fantasmas de la fiebre tan celosos
que estriñen y sacuden mi modorra.

Son mis miedos que llegan, tenebrosos,
demonios y pecados en camorra.
En comparsa me impulsan a que corra
por el sueño, dejando el cuerpo en trozos.

Busco en vano la huella candorosa
del niño que una vez vivió conmigo,
que jugaba con duendes y fantasmas.

Sin temerle a los diablos y a sus mismas;
pero sólo el misterio del castigo,
sombra en el tiempo, surge y cruel me acosa.

POEMAS

por Eduardo Mosches

HILANDO

El asunto no es únicamente demográfico
estas explosiones callejeras
vagabundas montañas cabalgar de fusiles
saltan candados formando ramilletes
que entregan enamorados
a las puertas de par en par abiertas
de tanto joven managüense.

Las palabras juegan con sus manos
siembran raíces de arboledas
para formar borregos en las nubes
mientras entre lluvia y esquila
hilamos esta lana terrestre
para ir haciendo
trajes a la medida humana.

REACOMODOS

Miró atrás del montículo
unas mordidas
(POR ESTOS AÑOS QUE SE REACOMODAN)
en los ombligos del presente
tatuados por los anillos
de tanto árbol caído
en esos claros selváticos
en que dejé atrás al balbuceo en cuatro patas
arrastrarme o gatear
fueron momentos rudos y tiernos
en este aprendizaje.

ESAS CAMISAS

En días de sol con nubes blancas
muchas veces nos demuestran
que en los ojales hay botones
de tantas flores mustias
por el tiempo de las palabras
por pronunciadas.

Los actos sin realizar
nos dejan
con las sendas cerradas
las calles sin números.
Los autobuses se van abriendo
entre la brecha de los cansados

de tu próxima sonrisa
acompañada con la mía
más esas camisas
que acompasadamente
entre las yemas tibias de nosotros
harán la puerta amplia
a esa inmensa manifestación
de cosas nuevas.
esta camisa sudorosa
después de haber gritado saltado escalado
las aceras con sus hojas
verdosas marrones
húmedas
de tanto reloj
y un beso aparte.

Las calles de aquí
no son desconocidas
pero duele
que no estén vestidas
con la misma ternura
de ese pibe con los ojos grandotes
con el que muchas otras veces
vivimos a ser hombres.

Hoy las esquinas
me están arrojando
las ganas de volver.

PENSAMIENTOS DEL EXILIO

Mientras tropezamos las horas
en calles
que a veces se nos hacen
extrañamente ajenas
cuando los bolsillos de los recuerdos
se agrandan
en cada pso
de nuestros pensamientos
desbodándose con ruido a catarata
y dejan atrás
de cada sombra
del momento pasado
el café del descanso
ese bife con olvido
la pared en algún barrio
(todavía tiene las marcas
de mi cuerpo y el de ella entremezcladas
con el gas lacrimógeno y el partido
de futbol
y el más serio)
la mesa con las voces
redondeles de miedo y alegría
un amanecer tenue y nebuloso
de corazón trastabillando
entre latidos y la voz del policía
una mano corriendo con la otra

A ROXANA

por Luis Navarro

Con las lluvias
una gota de avanzada se ha deslizado
en la memoria del cuerpo.
en el cuerpo de la memoria
Ahora frente al cristal
puedo hacerte de palabras
fijarte a recuerdos
vestirte con ternuras.
Irresponsable de mí
inventé hoy frases al amor que no te juré
Perdóname.



Javier Córdoba 81.

Cuento

Taller de Narrativa Coordinado por Silvia Molina

EL CENTINELA

por Miguel Ángel Sánchez Bedolla

— ¡Alerta uno! se oyó a lo lejos.

Era ésta una noche cerrada, punteada apenas por algunas estrellas. Se oían, una tras otra, las voces de alerta de los centinelas. El frío no dejaba mover al vigía, sólo temblaba, tal vez, también por el miedo. Recordó las instrucciones del cabo de guardia:

Mira muchacho, la tarea de centinela es muy importante, de ti y de toda la línea de centinelas depende la seguridad y el descanso del ejército . . .

— ¡Alerta dos! se escuchó más cerca.

Habían caminado todo el día. En la tarde, cuando se detuvieron dispuestos a descansar, el sargento le asignó al vigía la tarea de cavar trincheras. Agotado sintió que el sueño y el frío se mezclaban con la negra soledad.

. . . haz respetar la consigna, marca el alto, pide santo y seña, y si no te responden dispara . . .

— ¡Alerta tres! dijo alguien cerca.

— ¿Qué hago aquí? — Si hubiera sabido que era esto de la milicia, no le entró— decía, desesperado, el centinela.

. . . no debes sentarte ni dejar tu arma ni comer ni fumar ni platicar. Nada que te distraiga de la vigilancia . . .

— ¡Alerta cuatro! contestó otro centinela.

Apenas se oían los lamentos del temeroso guardia: “De día, no me da miedo tener de frente al enemigo, lo veo y puedo defenderme; pero de noche, no se sabe ni por dónde le van a llegar a uno”.

. . . observa la más estrecha vigilancia . . . tienes que defender tu puesto a fuego y bayoneta . . .

— ¡Alerta cinco! repitieron casi a un lado del vigía.

. . . la falta de cumplimiento de los deberes del centinela es uno de los delitos castigados con mayor severidad. Debes estar listo para evitar cualquier sorpresa . . .

Tenía entumidas las piernas; fría, hasta la médula de los huesos. El cabo le había dicho que cada dos horas sería el cambio de guardia. Las voces de alerta debían repetirse cada 15 minutos por toda la línea. Ahora le tocaba a él:

— ¡Alerta seis!

La débil voz del centinela apenas se oyó entre la línea, porque el frío le agarraba las quijadas; y el miedo, la voz. De pronto oyó un ruido: dio la vuelta de un brinco y gritó:

— ¿Quién vive?

Nadie le respondió; el miedo lo sacudía. Seguía oyéndose el crujir de las yerbas cerca de él. Gritó de nuevo, dispuesto a todo.

— ¿Quién va?

Por toda respuesta se escucharon los pasos de alguien que se aproximaba.

Nervioso ordenó:

— ¡Alto o disparo! Voy a disparar . . .

—No me mate soldado, si no ¿quién lo releva?

GAJES DEL OFICIO

por Maricruz Espinoza

Me quedé mirando la manchita de sangre que destacaba sobre el fondo oscuro de la sartén; hacía vivo contraste con el amarillo de las yemas y el blanco translúcido de las claras a medio cuajar. Traté de retirarla con un tenedor pero lo único que logré fue desbaratarla en hilillos musilaginosos. Rompí el

octavo cascarón contra el fondo de un platito de cerámica: el huevo estaba huero; abrí la ventana para aliviar el mal olor; en el cielo estaban algunas estrellas brillando todavía.

Los chicos tenían un amiguito de visita, necesitaba aumentar la ración; abrí otro huevo que resultó con doble yema. Iba a llamar al mas pequeño para mostrarle mi descubrimiento, pero recordé que aún dormían. Así que llené mis pulmones de aire madrugador y les grité, al estilo marinero, que ya eran las seis de la mañana más treinta minutos y diez segundos (este detalle de los segundos saca de quicio a mi hijo mayor; lo primero que hace es ir al teléfono para comprobar la hora. Entonces le grito que va a perder otros tres minutos), y que debían apurarse para estar a tiempo en la escuela.

Cuando regresé, el guiso estaba a punto de quemarse; lo revolví perdiendo así la oportunidad de enseñar las yemas al "Benjamín". "En fin, otra vez será pensó. No podía darme el lujo de perder el tiempo, y añadí unas lonjas de jamón, agité para que se mezclara bien todo y apagué la estufa. Como todo seguía muy quieto, saqué una campanita que guardo para casos parecidos y la hice sonar con fuerza. Acto seguido se oyó el prime portazo, y segundos después la pelea por la toma de posesión del baño.

—No tardes tanto, yo también quiero entrar.

—No, llegué "primeras" . . .

El niño que estaba de visita no dejaba de preocuparme: era uruguayo, había estado antes en casa y en el colegio comentó que tal parecía que nosotros siempre guardábamos dieta. Los niños se entristecieron, temían que en la escuela nos tomaran por avaros.

El chico se negó rotundamente a beber la leche alegando que en México está contaminada; "en Uruguay tomábamos la leche fresca y era riquísima".

—Era, dijo mi hija, tiempo pasado.

Defendimos nuestro producto lácteo como mejor pudimos sin mencionar, por supuesto, la cuenta millonaria de colibacilos que mi amiga la profesora Hernández, Q.F.B., me asegura reportar mensualmente en los exámenes bromatológicos, que para el mejor control de la calidad de los alimentos, practica durante su trabajo en una dependencia de Salubridad.

Nuestro invitado, tampoco quiso tomar café porque su papá le había advertido que le quitaría el sueño y si tomaba "Decaf", su salud correría peligro pues el producto descafeinado produce cáncer en el hígado. De manera que Diego como buen trapense, solo bebió agua.

Por fin los niños se dejaron venir en brioso tropel por la escalera cuidando de no tocar los pedañes, y acto seguido: la patas de las sufridas sillas del antecomedor chirriaron como llantas de Ferrari bajando la cuesta de Montecarlo.

Un grito colérico del "Benjamín" desgarró la placidez de la mañana:
—¿Dónde está mi leche?

—Dios mío, exclamé desolada. Rápidamente saqué los paquetes del refrigerador y empecé a llenar los vasos. De pronto, percibí un ruido extraño; agité el paquete otra vez: sonó algo sólido. Tomé una taza, vertí en ella lo que quedaba de leche en el paquete y con sorpresa vi salir una linda monedita de veinte centavos que tintineó cristalinamente en el fondo de la taza.

Mi estupor no tuvo límites. ¿Qué hacer? me dije, como si la horca me estuviera esperando en la otra habitación.

Súbitamente sonó el despertador. Al sentarme, me lastimé la espalda con la cabecera de mi cama; sofoqué la alarma con la almohada, y bajé corriendo a hacer el desayuno. Rompí el cascarón de un huevo y lo dejé caer sobre el aceite hirviendo.

Me quedé mirando la manchita de sangre que destacaba sobre el fondo oscuro de la sartén . . .

LA ESPERA

por Josefina Contreras.

Estoy ahí . . . en la oscuridad. Soy parte de ella; soy sólo eso: oscuridad.

El silencio me despertó con su inquietante carencia de ruido. Trato de mirar alrededor . . . Sin ver, sé que todo está allí, en un sitio; igual que siempre. En la boca negra de la pared, el librero empotrado con sus dientes de disparejos volúmenes, la ventana abierta y las cortinas levantándose suavemente por uno de los extremos. Todo está igual . . . en su sitio, menos él . . .

Mi mano se extiende para palpar el hueco de su ausencia. Con las piernas recorro el frío de las sábanas y regreso a la tibieza anterior. El reloj está parado olvidé darle cuerda al acostarme. Las manecillas fosforescentes marcan las doce y media. Seguramente se detuvo hace horas . . . Deben ser las cuatro. Y él no ha llegado . . .

Otra noche igual: cerca del amanecer, sus pasos lentos y acompasados subirán la escalera, acompañados sólo por el eco de las viejas paredes del corredor. Sacaré la llave y, tras varios intentos, abriré la puerta del departamento. Desde aquí, yo escucharé cómo la cierra, y su sonido se acompañará a contrapunto con mis latidos, que en ese momento se habrán acelerado . . .

Me doy una vuelta en la cama. Debo tratar de dormir, de tranquilizarme . . . Creo que oigo sus pasos. Fingiré que duermo para evitar discusiones. Dejaré que entre a la recámara en silencio, que se desvista y se acueste. Ojalá no se dé cuenta de que estoy despierta. Debo evitar hablar con él e iniciar una pelea.

Pasa una ambulancia. Qué sobrecogedor es ese sonido, sobre todo de noche. ¿A quién habrá ido a recoger? Me quedo rígida en medio de este pensamiento . . . La ambulancia ha ido a recogerlo a él.

¿Por qué no? últimamente bebe en exceso y sin precaución alguna se aventura a gran velocidad por las calles casi desiertas a esa hora. No respeta semáforos ni flechas. En su loca carrera ha llegado a circular por el viaducto en sentido contrario, para ahorrarse unos metros de camino.

Ha tenido un accidente.

El ruido de la ambulancia se ha perdido; se detiene con una fuerte sacu-

dida; las dos portezuelas se abren con violencia. órdenes precisas se escuchan: Súbanlo a la camilla; aún vive.

Varios pasos, otra vez el abrir y cerrar de portezuelas. Un arrancón brusco, y al ponerse en marcha nuevamente el vehículo, se oye su grito metálico pidiendo paso. Al llegar a la Cruz Roja pocos minutos después, habrá dejado de tener reflejos y al examinarle el fondo del ojo, uno de los médicos de guardia declarará que ya no hay nada que hacer.

La claridad del amanecer no atenúa lo macabro de la escena. Un camillero lo ha cubierto con una sábana, y con paso lento le lleva por el largo pasillo hacia el depósito de cadáveres.

No, qué horribles cosas estoy imaginando, ¿deseo que ésto pase?

Doy una vuelta brusca en la cama recriminándose por tener esos pensamientos. No debo desear su muerte. ¿y todo lo que nos ha unido? Aquellas tardes juntos, en las que no necesitábamos hablar para comunicarnos? Nuestro interés en la pintura . . .

De nuevo los latidos, ¿o será el tic tac del reloj al que acabo de dar cuerda?

Lo veo . . . ahora buscarán su identificación, será fácil averiguar dónde vive. Un hombre se acerca al teléfono y marca.

¿Cuánto tiempo pasa . . . ha pasado . . . pasará . . . cuánto? El timbre me sobresalta y se obliga a brincar con rapidez de la cama. Con mano temblorosa tomo la bata y arrastrando las zapatillas salgo de la recámara. No soy yo la que camina por el negro corredor que da a la escalera. Mis pies se mueven sin mí y descienden uno a uno los escalones. Uno, tres, diecinueve, cuatro pasos más, y al abrir, el timbre sigue sonando . . . sonando . . . sonando . . .

JUNTAS

por Lourdes Andrade

Se recordaban juntas en el primer recuerdo: al fondo de aquel patio cercado por la hiedra, en mañanas de sol, en tardes empapadas. Ese lugar de grietas, de rendijas, de súbitas bellezas abiertas al fondo de angostos callejones, balcones florecidos, plazuelas chorreantes con sus fuentes antiguas, infranqueables tapias festoneadas de bugambilia, pisos alfombrados de pedruzcos desiguales, portones labrados, interiores de iglesias— —altos y penumbrosos, con fuerte olor a incienso— en los que relucían intempestivamente, dorados retablos a la luz de las velas: el pueblo. Ahí donde crecieron al unísono, en donde fueron juntas al colegio, en donde mayo a mayo, con sus vestidos blancos bien planchados iban a ofrecer a María. Aquella sucesión de despertares, que como los misterios del rosario, se desgranaban siempre semejantes: oscuridad total —frágil, no obstante— era cuestión tan sólo de empujar la ventana y se

rompía en la luz sin calor de la mañana en el jardín, húmedo de rocío, oscuros troncos sostenían sus ramas, pesadas de hojas y de agua. Se oían en la cocina las risas de las criadas. Sigilosamente corrían hasta la huerta. Entre las dalias rojas y amarillas, las higueras goteaban frutos dulces y pardos, opulentos naranjos perfumaban el aire, los lirios secaban sus corolas al sol. Inútil esconderse. Después de un baño rápido y helado, de la mano de Chole hasta la escuela: plegarias, delantales a cuadros, cabellos recogidos, limpios cuadernos, lápices puntiagudos, cofias almidonadas, hábitos implacables, silencio forzado, aprenderse las letras y los números: horas a las que no alcanzaba a vérselos el fin. Regresando, las lecciones de música, los juegos —escondidillas, naranja dulce. . . después, el chocolate, y las tías tejiendo, entrelazando estambre con historias ajenas. Mirar caer la tarde en hilos de agua sobre la casa, las calles, el jardín. Más tarde, el cielo limpio, la luna a través de las ramas, mojadas todavía. Vuelta a la oscuridad, y entre las sábanas, compatir sueños de príncipes azules.

A los quince años: juntas el primer baile, el primer beso, el primer desengaño. Todo se destilaba en confidencias, de cama a cama con la luz apagada. Y siguieron las fiestas, los paseos, los tules y las lágrimas, hasta que se agotaron las sorpresas. La vida, reiterada, se prolongó en las noches de diálogo cansado.

Luego, la oscuridad se hizo distancia, continuidad de cartas que iban y venían, hilvanando los días. Clara se había marchado, dajando atrás esa espiral sin fin en que los años se desmoranaban sobre aquel sitio sin transcurrir del todo, acumulándose, como el polvo, en rincones, resquicios, en miradas y voces de la gente. Inés se había quedado, y recibía noticias de su hermana —su vida, otra vida y ajena, acuosas, limpia, consistente, frutal. Y su resentimiento iba creciendo, concretándose, adhiriéndosele, hasta no distinguirse de su cuerpo.

Ahora, el reencuentro: lo mismo que el dolor, los años y los días se habían disuelto, imperceptiblemente.

Clara observó la lluvia caer tras la ventana. Al compás de las gotas engarzaba recuerdos, como cuentas de vidrio, pintando en las paredes, en el techo y los muebles, círculos de arcoiris.

Inés miró el pasillo, alargado a intervalos de luces y de sombras. Se encontró con sus pasos, huellas sin dirección. Todo estaba marchito, todo se reseco. . . contempló la pared, blanca como su tiempo. . .

Clara seguía evocando la vida transcurrida: los dolores, los hijos, los amores, las muertes. . . aquellos días hilados, minuto tras minuto, de ser joven, ser madre, soñar y fracasar, desear y despedirse, vivir y desgastarse. . . y derivar —tras de noches y días— en aquel entramado de silla ineludible, cabellos incoloros, de huesos y memoria.

Inés hizo un recuento de sonatas al piano, acatamiento y calma, de manteles bordados, de silencio, de miedo, de misas y rosarios. Recordó con despecho el dolido compuesto de flores y de velas y de atuendos de luto: orfandad a destiempo. Pensó entonces: la muerte debería de ser una, definitiva, súbita, no aquel lento ir dejando la carne y la alegría en vidas prolongadas en descomposición, no aquella podredumbre padecida paulatinamente en cuerpos ajenos. Y la reiteración de noches y de días cuyo roce deslava, erosiona.

Juntas miraron morir aquella tarde, la vieron escurrirse detrás de la ventana. Juntas de nuevo, se hundieron en la noche, juntas volvieron al sueño y al olvido.

El hombre que se volvió paisaje

por Gumer Fernández

Como todos los días, ahí estaba Efraín esperando el camión Juárez—Loreto.

Quieto en la esquina de Homero y Arquímedes.

Pasa la hora en que el ejército jardinero, planta, riega los zapatos de Efraín esperando.

Lo abonan, lo inmovilizan, lo fumigan.

—Tú, que llevaste a Ulises por la Geografía, ayúdame —le dijo Efraín a Homero —Préstame el caballo de madera o seré prisionero de Polanco.

Homero, como buena calle, sólo contestó con smog y ruido.

Efraín esperando crecía por la tierra, pero del Juárez—Loreto ni su luz.

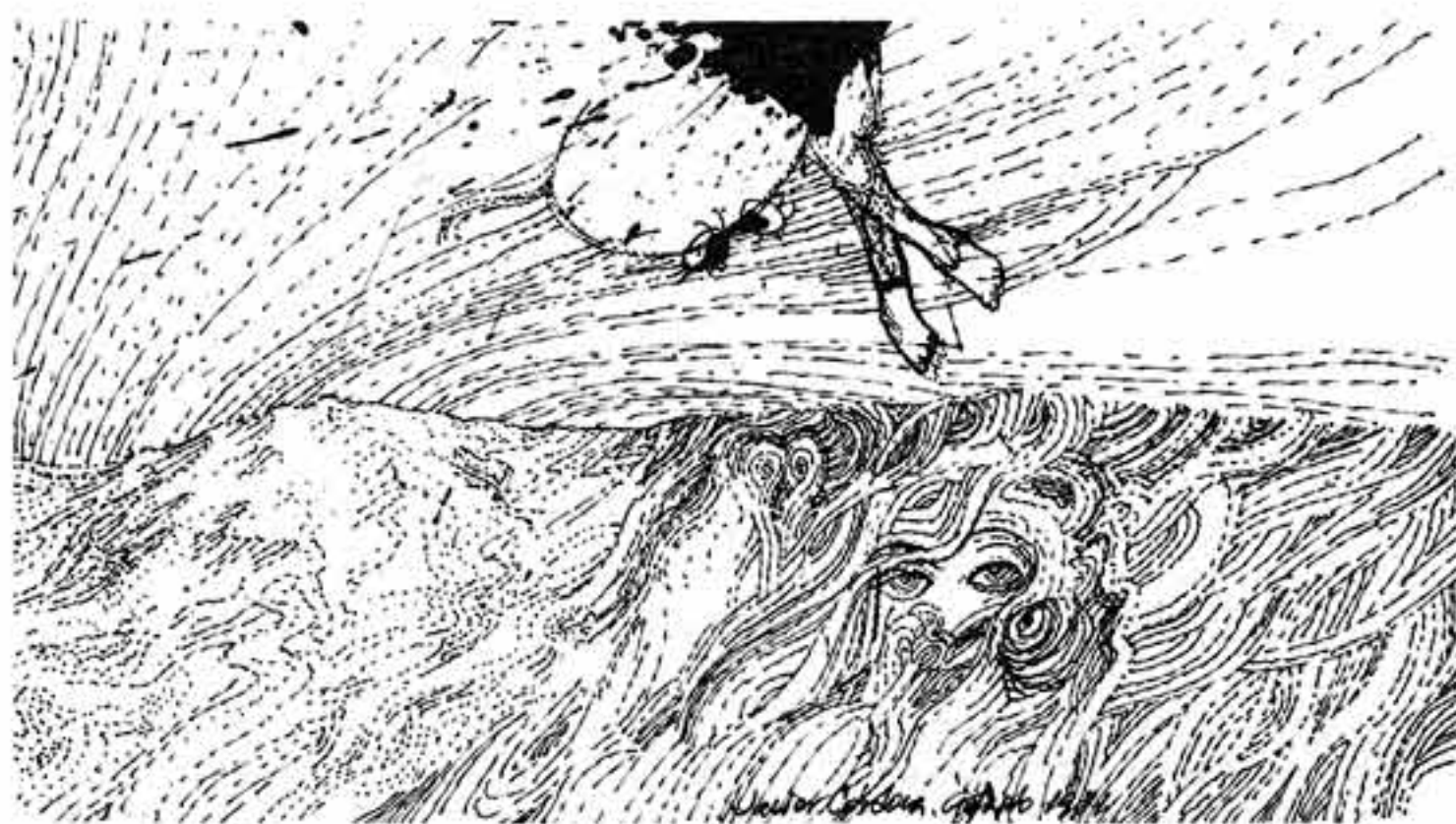
El cuerpo de Efraín se hizo tronco; sus brazos ramas.
Su cabeza, la fronda de un árbol de mirada verde, pero el Juárez—Loreto no pasaba.

La lluvia hizo germinar la semilla de su pensamiento, en él cobijó nidos de cenizales.

La yerba de su pelo era la verde esperanza de abordar el Juárez Loreto.

Efraín, árbol humano, empezaba a fructificar, el día que escuchó la siguiente noticia:

“La línea de camiones Juárez—Loreto ha sido retirada del servicio definitivamente.



Taller de Narrativa del Palacio de Minería Coordinado por Vicente Quirarte

CUENTOS

por Fernando Vega y Gómez

emilio zolá . . .

emilio zolá en el país de las arañas nos refiere que, en señal de amor absoluto, el novio de la viuda negra le entrega por dote un alka-setzer para las agruras.

el eclipse solar de 1669

antecedentes.

en marzo de 1669 algunos de los habitantes de amsterdam se percataron de la ausencia de luminosidad en el cielo.

— juraría que hoy el sol brilla menos, observó la sra. hooghsaet y dirigiéndose a su esposo le señaló la ventana. el sr. hooghsset abandonó el clavecín y constató que era cierto.

la fiesta de la cosecha, contrariamente a lo pensado, fue un éxito. varios de los invitados se retiraban mientras otros formaron pequeños grupos alrededor de los grandes árboles a lo largo del río. el vestido de terciopelo negro sobre el ocre dorado de la campiña delineaba el vigoroso perfil de sra. hooghsaet quien en uno de los grupos, animadamente conversaba. — . . . en realidad nadie se lo explica. el dr. van renevelt afirma que la reducción de la luminosidad se debe a la pérdida de un fragmento del núcleo solar, por otra parte, el párroco asegura que es un castigo divino por nuestras faltas, como la epidemia de peste que sufren los romanos. la sra. hooghsaet se arregló la cofia de blanco encaje y prosiguió:— . . . no sé a quién creerle y me inquietan cada vez más estos días tan cortos, tal vez sí sea un castigo divino. ya supo usted que los turcos han invadido candía, mi esposo se enteró por un marinero que justamente el jueves pasado . . .

documentos

a. la biblioteca de la universidad de la haya posee una misiva fechada en amsterdam el 29 de septiembre de 1669 escrita por gerard de lairesse a un comerciante de la ciudad de doodrecht que cita: . . . el día de ayer, un poco después del mediodía, era tal la oscuridad que sacamos linternas para poder transitar por la ciudad.

b. (el tres de octubre de 1669 la ciudad de amsterdam amaneció a oscuras, ni la leve luz de los días anteriores apareció.) lo siguiente es copia fiel de un acta de cabildo de la ciudad de amsterdam registrada con el numero 15-698.

... Estando reunido el consejo, un tal cornelis petter se presentó a denunciar la existencia de una casa en el rozengracht que a pesar de la oscuridad imperante aparecía iluminada sin afectarle la situación por la cual pasaba el resto de la ciudad. los concejales ordenaron una investigación para conocer el motivo por el cual aquella casa no sufría la escasez de luz. como resultado de la búsqueda el cuatro de octubre de 1669 el concejal bijlert descubrió oculto en una pieza del inmueble número 45 en el rozengracht al astro sol. El ocupante del citado inmueble aceptó la responsabilidad del hurto del sol dando como pretexto que le era indispensable para su trabajo. el concejal bijlert le conminó a reintegrar el astro al firmamento y alrehusarse el ladrón, pidió la intervención de la guardia cívica comandada por el capitán roelof bicker quien le obligó devolver lo hurtado. En la refriega del delincuente resultó malherido y a la postre falleció, siendo identificado posteriormente por un familiar como rembrandt van rijn de profesión pintor.

DELEGACION	GRUPO	FECHA
DELEGACION TAPALAPA	GRUPO HERMANOS URBAN.	4
	ORQUESTA SINFONICA DE LA CIUDAD DE MEXICO.	11
	GRUPO FOLKLORICO TAPALAPANCO.	11
	ORQUESTA SINFONICA INFANTIL DE MEXICO.	18
	GRUPO DE LOS ANIMALITOS.	25
DELEGACION MIGUEL HIDALGO	ORQUESTA SINFONICA NACIONAL OBERAN.	4
	GRUPO SUR (FOLKLOR LATINOAMERICANO).	14
	CANTOS Y DANZAS DE GRECIA.	
	MARIMBA ORQUESTA.	
	NOVADONES PROFESIONALES.	
ABDALENA COCH.	ORQUESTA DE ANTIPTOS.	1
	BANDA DE MUSICA DE LA CD. DE MEXICO.	15
	LOS BARDOS DE HISPAANIA RICA.	
	ORQUESTA SINFONICA NACIONAL OBERAN.	25

Demolición

— en homenaje a edward hopper.—

1.

mis recuerdos de dios se remontan a la ni-
ñez. la iglesia de las mercedes se halla-
ba, en aquel entonces, con flores y lis-
tones blan- cos, además de unos
búcaros de cristal é- téreo que
junto con las paredes blancas
del tem- plo me pro- porciona-
ron un descanso es- piritual.
adentro el ambiente era de un gran silen-
cio a pesar de multitud. fue un do-
mingo i- gual a to- dos los
domingos de mi infan- cia en
los cua- les asistí a misa.
antes de que dios en- trara a
mi vida conocí a u- no de sus
ayudantes, un ángel de la guarda. todas
las noches, mi hermano José Luis y yo al
persignar- nos podía- mos bendi-
ciones pa- ra todos. la verdad
es que me gustaba te- ner un án-
gel de la guarda, era como te-
ner un com- pañero per- manente.
si viajaba, él iba conmigo; si estaba
en la oscuridad del cine, lo sentía cer-
cano a mí. con dios no llegué a
sentir lo mismo, ima- ginaba que
mis problemas los debían solucionar
sus auxi- liares; es decir, los
ángeles, los santos y la vir-
gen. por otra parte, mi imaginación me
llevaba a concebir que cada veladora en-
cendida en la i- glesia era para
quitarle poder al fuego eterno
del infierno. también me gus-
taba mucho el olor de los al-
tares, siempre creí que ese
aroma ahuyen- taba a los dia-
blos y, sobre todo, a los ma-
los pensamientos

CUENTOS BREVES

por Horacio Morales Muller

UN PROBLEMA MAYUSCULO

“Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí”. Por un momento, en su mente cruzó la idea de que todo había sido un sueño, pero al no encontrar en su bolsillo el billete de 500 pesos con el que había pagado al cantinero por el dinosaurio, se tranquilizó. Se apoyó en el poste para levantarse y, tomando las riendas del animal, empezó a caminar por la calle rumbo a su casa sin encontrar una respuesta lógica al chirrido de frenos que escuchaba ni a la interminable sucesión de choques que quedaban a su paso.

Conforme se acercaba a su destino, el único problema que le preocupaba —y del cual aún no tenía una solución— era cuál iba a ser la explicación que daría a su esposa acerca del dinosaurio.

CUENTO BREVE No. 3

Me dio tanto coraje que no me contestaras cuando te pedí que hiciéramos el amor que, sin pensarlo más, tiré de la válvula para que escapara el aire de tu cuerpo.

CUENTO BREVE No. 4

Ayer descubrí que la muchacha más bonita del pueblo tenía un lunar en la nalga derecha. Ésa es una de las ventajas de ser el único boticario en Sangaraguararo.

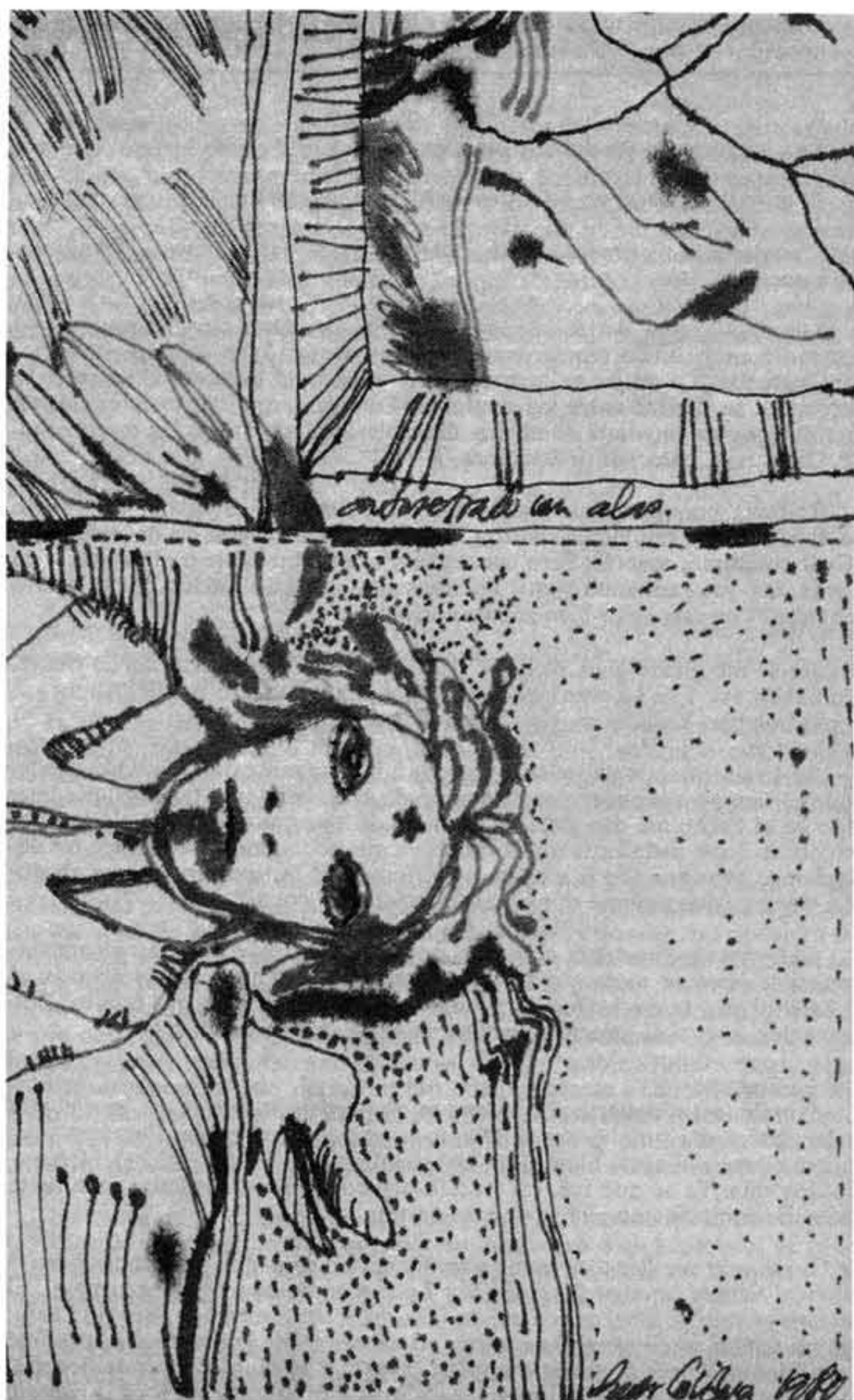
— N —

por Nedda Anhalt.

Y entonces no hubiera pensado que las cosas sucedieron como sucedieron pero bueno será como dice el dicho que dios sabe lo que hace aún cuando yo me pregunto lo sabrá porque yo me declaro incapaz aunque eso sí siempre siempre me ha encantado oír todas esas canciones lindas por la radio mientras me mecía en el sillón porque es rico balancearse yo creo bueno yo siempre he pensado que en eso precisamente consistía la felicidad con esa paz que da el clic clac clic clac clic clac clic clac realmente no se puede pedir más me gusta tanto júrame me sabía la letra de memoria y tenía un pacto secreto con mi hermano si de casualidad anduviese fuera del cuarto lo cual era raro y surgía la canción él tenía que avisarme corriendo

y aunque pase mucho tiempo

recordarás el momento clic clac clic clac clic clac clic clac entonces yo creo que precisamente ahí comenzaron los problemas porque qué la primera vez que oí que una persona pudiese estar enferma de los nervios cuando to-



COLABORACIONES DE ESTUDIANTES

CONCHITAS.

por Claudio Patricio Castro Campillo.

La carretera vibraba delante del parabrisas.

El auto lleno de ya no brinques tanto, vete quietecito.

Las ventanillas cerradas, qué tal si saca las manos. Tranquilo, falta poco.

Llevaban rato detrás de un Estrella de Oro, ensartados en su cansino ronroneo. Lo rebasaron. En la cima apareció, en sentido contrario, otro autobús. La mujer se incrustó en el asiento, el hombre, al volante. El automóvil se deslizó entre los camiones. Lo levantaron con sus cornetas en una prolongada mentada de madre. Cabrones. Cállate, luego las repite el niño. Qué suave, parecíamos licuadora.

Todavía con precaución alcanzaron Palo Blanco. Olvídate, otro susto de esos y no la contamos. Sólo a ti se te ocurre rebasar en un columpio. ¿Cuál columpio, mamá?. Pero oscurecía y al hombre no le gusta manejar de noche, así que zzuuumm y qué bueno, ya estaba todo torcido de tanto rato sentadote con este calor bien grande encima.

Seguro se me olvido algo, qué fue. Tú y tus cosas. . . qué joda, sol de frente. No hables así. Fue tu culpa, si hubiéramos salido cuando te dije. Ahora yo, como siempre. Y discuten. Y se callan. A ráfagas.

La bacinica viaja del asiento trasero a la ventanilla derecha. Qué chiste, todo el tiempo sin poder desentisarme de estas vacciones tan lejísimas, medido en el coche me dan ganas y ni modo de hacerme en los pantalones, por eso no les decía nada hasta que de veras ya merito y aunque se enojen, me desentumo, pero ora con la nica ya no y nomás me fastidio. Qué se me olvidó. Ya, vieja. Es que siempre se me pasa algo y me da coraje.

El Quemado, no tarda el puesto de vigilancia y de qué sirven esos macacos, si trajéramos mota o armas, no pasaríamos por aquí. De protección al turista. ¿Unos sardos?. Qué cola, carajo. ¡Miren, soldados!, qué bonito. Desgraciados, a ver si se apuran. Cuando crezca voy a ser soldado.

La Costera.

Por fin, estoy muerto. Lo bueno es que llegamos, tan suave, con el mar y la alberca del hotel y todo. Qué te parece tu hijo, apenas llegamos y ya quiere meterse al agua. Llévelo tú, no aguanto más. ¿Y el yate fiesta?. Mañana, no doy una. Ya sé qué fue, mi vestido blanco; tú tuviste la culpa, con tanta prisa. Te compras uno nuevo; déjame dormir.

En el mar me lleno de arena y me rozo, no sé nadar, por eso prefiero la alberca. Echate un clavado como yo. Lo toman de las manos, se arrojan. El salvavidas saca al niño de inmediato. Ora tú solito, te cacho; pero sin llanta, así no aprendes. El agua crece sobre mi cabeza y me jala al fondo, papi me saca. Menso, tienes que salir a respirar, ¿ves?. Y la muestra, que de flechita, la patada, ora el "crawl". ¿Entendiste?. Su madre lo sostiene. Saca la cabeza,

eso; te suelto. Nadar es bien fácil, más con unos amigos de la alberca que tengo más grandes que yo que me dicen cómo bucear, les enseñé a mis papás, pero dicen que saque la cara a respirar, pero el buceo es dentro del agua, y ya sé nadar de dos formas, arriba y adentro, como campeón, por eso no entiendo por qué se espantaron, los dos son bien espantones, igual que con el camión, tan suave y ellos tan miedosos. Estaban en Pie de la Cuesta como parte del rito del turista, rodeados de moscos, le muevo el ombligo, cooperación palo nadadore. La pareja recogía estrellas. Y cuál es el chiste de la puesta de sol, lo suave son los señores que nadan dentro de la meritita ola, parecen pescados, bien bonito. Mira, es más grande que la tuya. Ah, pero la mía se mueve. Y beso. Y comparar.

El oleaje lo agarró sentí como en la alberca la primera vez, pero salado con más fuerzas, como licuadora, pero luego me acordé de mis amigos de la alberca que tengo más grandes que yo y de la patada de rana y todo, estaba buceando bien suave y zas, un pulpo, era papá sacándome, me asustó, no lo sentí llegar, él estaba asustadísimo y me apretó con mamá, los dos me apretaron durísimo en medio de los dos. Lloraban. Y el reguero de estrellas. Cómo es posible. Y tú que no lo cuidas, ¿te imaginas?. Estaban bien tristes, que yo quién sabe cuántas cosas me iban a pasar, chin, y yo que ni me di cuenta, si no también me asusto, pero nada más buscaba conchitas, por eso no salía.

LA ULTIMA DERROTA

por Josefa Osuna Márquez

Hace días vienen varios hombres a casa y hablan un buen rato con Cihuacoatl. Deben planear algo importante al ver la seriedad con la que hablan. Cuando se marchan. Cihuacoatl no dice nada, no me mira y parece olvidarse de que existo. Esto sucede desde que los hombres blancos ocupan la Gran Tenochtitlan y Moctezuma ya no es emperador.

Esta mañana me ha dicho que pronto nos iremos y que empiece a preparar las cosas para marchar. Ahora sé de qué hablaban cuando se reunían. Pienzan irse lejos de aquí y fundar otro imperio, pero ¿a dónde?, no podemos irnos y llegar a donde haya otro pueblo establecido, y luchar para ocupar el lugar, somos pocos y no lo lograríamos. Ya no es posible hacer lo que hizo nuestro pueblo cuando luchó y fundó el reino de México—Tenochtitlan sobre la herencia de los pasados reinos de Tula y Teotihuacán, frente a los cuales nosotros somos unos usurpadores. Un día también fuimos extranjeros y conquistadores en esta tierra. En eso nos parecemos a Cortés. Nuestro imperio puede morir, como murieron los imperios anteriores a nosotros; como morirá el imperio que aquí funden los españoles. Por eso quieren irse, para salvar lo nuestro, nuestros dioses, nuestras costumbres, nuestra libertad.

No buscaremos al águila posada sobre un nopal devorando a una serpiente, como lo hicieron nuestros antecesores; buscaremos un lugar lejos de todo aquello que nos pueda dañar, lejos de aquí, pero no cerca de Yucatán y Tabasco, que también están ocupados por los españoles.

Cihuacoatl dice que iremos hacia la tierra de los antepasados de Moctezuma Xocoyotzin, iremos a Itzcateopan, tierra de Itzcoatzin. Ahí surgirá de

nuevo lo que amenazó con perderse, nacerá un nuevo imperio que nunca morirá.

Todo está listo para que salgamos esta misma noche. Lo han decidido así para que no seamos vistos por los españoles. Primero iremos un pequeño grupo para encontrar el lugar apropiado y posteriormente regresará alguno de nosotros para guiar a los demás.

Somos sólo 6 mujeres y 13 niños los que marcharemos hoy con 34 hombres. Yo no quisiera irme de aquí, pero es mi deber de esposa acompañar a Cihuacoatl y además es necesario, pues cuando llegemos harán falta mujeres para la organización de nuestros hogares, ya que los hombres se encargarán de levantar la ciudad.

Tengo miedo porque no sé lo que nos espera, pero confío en el futuro cuando Cihuacoatl me transmite su fortaleza. Afirma que los dioses no pueden abandonarnos y que nos acompañarán siempre, ya que todo lo hacemos por ellos.

Pensando en ello ha llegado la hora de irnos. Cargamos nuestro equipaje y salimos de nuestra casa, que lo fué por 20 años, fue en ella donde amé a mi esposo, donde nació y murió mi hijo, donde fui feliz y desdichada, y donde siempre quise morir.

Caminamos hasta el lugar de la cita donde están todos; Cihuacoatl habla con uno de ellos y ambos encabezan la marcha. Los demás los seguimos. El cielo, que se refleja en las aguas del lago, está muy estrellado, la luna casi llena, nos ayudará a seguir el camino durante la noche.

Después de varias horas de caminar, paramos a descansar un poco. Los niños más pequeños lloran pues están cansados y quieren dormir, pero tenemos que continuar; me ofrezco para cargar a una pequeña que ha sido vencida por el sueño, ya que su madre tiene que atender a sus otros hijos y no puede ocuparse de ella. Yo me haré cargo durante el viaje, así lo convenimos la madre y yo.

Amanece y caminamos durante toda la mañana deteniéndonos pocas veces para comer y beber. Al atardecer acampamos en un lugar resguardado para dormir. Seguiremos al día siguiente.

Pasa el tiempo y los días transcurren iguales.

Durante el camino la vegetación cambia constantemente, va desde bosques hasta zonas áridas, así como también selvas tropicales.

Subimos y bajamos montes bajo el crudo sol, atravesamos ríos y seguimos caminando sin ni siquiera hablarnos, sólo pensamos; pero no perdemos la esperanza de que llegue el día en que nuestro reino esté completamente a salvo.

Ya hace 6 días que salimos y Cihuacoatl dice que estamos cerca. Ahora sólo tenemos que buscar lo que deseamos: un lugar con altura diáfana, cerca de la transparencia del cielo, lejos de las murallas del mar y de las fronteras del desierto.

Atravesamos la sierra cubierta de un espeso bosque. Mientras descendemos los pinos se cambian por cedros y su aroma envuelve el ambiente, desde aquí vemos un pequeño valle y enfrente se alzan unas grandes moles de piedra, son las montañas más altas que rodean al valle.

Llegamos hasta él y descansamos a la orilla de un río; es de noche y hay que dormir, pero antes Cihuacoatl ha convocado una junta en la que quiere estemos todos presentes.

—Hemos llegado— nos dice —, lo que buscamos está aquí.

Señala hacia las grandes montañas de piedra, cuyas negras siluetas se recortaban en el cielo.

—Desde ahí podremos defendernos de cualquier invasión y así nuestra ciudad nunca será conquistada.

Todos miran hacia donde se dirige el dedo de Cihuacoatl. Yo lo veo a él y distingo en su rostro la alegría, la ilusión y la fuerza.

Todo está bien, podré dormir tranquila.

Hace un mes estamos aquí. Las cosas no van como las habíamos planeado. Aquí arriba no hay agua y necesitamos bajar muchas veces para abastecernos de ella. Tampoco hay suficiente tierra para cultivar y lo único que crece son nopales y algunos árboles sin frutos. En cambio en el valle el agua es abundante, hay gran cantidad de árboles, tanto frutales como madereros. ¡Qué diferente sería nuestra vida allí abajo. Pero Cihuacoatl dice que es necesario permanecer aquí, pues éste es un lugar estratégico.

Han empezado a construir las pirámides para los templos de nuestros dioses: Tonatiuth el sol, Ehecatl el viento, Tlaloc la lluvia, Huitzilopochtli el dios guerrero, Tezcatlipoca la noche y tantos otros. .

Hemos enviado a un hombre para que traiga hasta aquí a los que se quedaron en México—Tenochtitlan y en estos días deben de estar por llegar.

Todo se está acabando. Desde que llegaron los demás de Tenochtitlan han traído algo maldito con ellos. No sé lo que es, pero la gente se muere y no podemos hacer nada. Ya quedamos pocos; y ahora yo también tengo la enfermedad, la fiebre se apodera de mí y pierdo el conocimiento. Voy a morir sola ya que Cihuacoatl murió, no sé cuánto tiempo hace porque ni siquiera puedo distinguir el día de la noche. Estoy desesperada, el cuerpo entero me pica y tienen que amarrarme las manos para no arrancarme las costras que me cubren.

Las construcciones han sido suspendidas. Ya nadie piensa en seguir con la misión que nos fijamos. Todo se perderá, los únicos que podíamos salvarlo éramos nosotros y ahora nos estamos acabando. ¿Qué queda de aquel pueblo guerrero?, ¿qué queda de la Gran Tenochtitlan?. No somos nada. Hemos sido derrotados.

EL RETRATO DEL MURO BLANCO.

por Perla Schwartz

El se fue dejando morir— y eso que era muy partidario de los existencialistas—, con su cabellera que arrastra hasta los hombros, un corte de pelo, hay

que recordarlo, sólo es conveniente en las noches de luna llena, son ciertas cabalas personales que hay que seguir.

Otras ocasiones con su mirada perdida hacia el espacio donde no logró captarse en la totalidad de su "supuesta" integridad. Ni siquiera los tragos eran suficientes para poder ser un navegante. Ha llegado el momento y la nostalgia lo ahoga, agobiado por gusanos morados de tristeza, bañado por el estiercol. . . finalmente todo, ¿para qué?

Sí, hay que reconocerlo, muchas veces, uno no alcanza a ser la "hormiga atómica" que ha descrito la imaginación del poeta, uno se queda varado a mitad del camino, sin saber que hacer.

Un gran vacío en las entrañas y no precisamente de hambre. . . los lentes conducen hacia el reflejo de los objetos, las sombras allí están y fulminan el menor parpadeo de la mirada.

¿Lo recuerdas? Me tuviste cerca, más bien brazo con brazo y fui tuya desde el pórtico de esa iglesia humedecida por la lluvia, nuestros labios se acercaron, dos extranjeros se acompañaron más allá del desierto.

Tú estabas predestinado a la autodestrucción, a ser causante de una aniquilación lenta, te propusiste ir antes de oprimir como recurso último el gatillo de la pistola. Tú optaste por un ritual demarcado detalle a detalle, poco importó que algunas aspiraciones idealistas quedaran desechadas.

Quisiste transformarte en un retrato digno de decorar la estancia familiar. En ningún momento pensaste que quizás un fotógrafo hubiera realizado una labor mejor.

La vida fue para tí, la muerte vestida de otra manera. Una parca que bordea sin cansarse cada uno de los días. Muy tarde te diste cuenta de lo que te estabas propiciando, no te gobernó Satán, nunca compadeciste a Job, quisiste ser como él, pero hoy a distancia compruebas que fue una tarea fuera de tu alcance.

No fuiste el actor de un escenario siempre luminoso, la vida se negó a acceder a tus consignas. Pudo más y tú lo sabes el peso aplastante de la realidad que pudo haber sido de otra manera. Pero te empeñaste a desviar tu catalejo hacia visiones que no le correspondían, ante tí, los resultados.

Nos amamos intensamente— aún, cuando los encuentros se suscitaron en migajas de tiempo, cuando las manecillas no nos lo prohibieron, mínimas las palabras, el silencio no agredía el ambiente.

Nuestras respiraciones nos mecían, nos internaban hacia la brisa marina, nos dejábamos atrapar por el hechizo de la arena dorada, que a manera de una almohada, nos invitada a descansar.

Un descanso continuo, un momento, tú el grande. El alcohol te pierde y lo necesitas como si estuvieras sediento de agua, ¿o será acaso la escasez de ternura, las caricias no siempre frecuentes, el saberte un lobo estepario que acosa la compañía? ¿o el demostrarte capaz de dibujar al cuerpo vecino?

El infierno de Dante, se trasladó a tu tierra, a veces la nuestra, fuera alteraciones anímicas, fuera preocupaciones existenciales. . . Tú y yo conscientes de ser pasajeros de la brevedad, de la cabalgata de la entrega antes que nos volviéramos cómplices de la ausencia, aún sin desearlo.

Hemos de cumplir con esos roles que nos son ajenos, pero que nos hacen corresponsales de la realidad cotidiana, que nos permiten una perpendicularidad evidente hacia sus días y noches. Ellos no deben conocer lo nuestro.

Fuiste supuestamente un introvertido incorregible, metido en tu mundo, un rebelde anticonvencional, un viviente que se dejó morir como el sol que al esconderse tras los montes no permite que una flecha lo haga desistir de su caída.

Espectros firmes de tu imagen en mi memoria que no se deja traicionar por el olvido, que otorga a tu presencia su lugar como si fueras el huésped eterno. No me explico porque me acompañas, sobretodo, cuando busco ser esa mujer que a tu lado fui, la que vistió el arco iris para estar en la transparencia del abrazo.

La que no se negó a recibir tu vivir para la muerte— ¡Oh Doktor Heidegger, la que quiso detenerte antes que cruzaras el pantano, la que quizás mañana cruzará la puerta del manicomio para volverte a encontrar, aún cuando la sonrisa cada paso a la tristeza desolada y la chiquilla deje de mecerse en el columpio del parque, aún cuando sólo así se aleje de ese retrato molesto, que decora el muro blanco, obstáculo para el olvido.

UNA MAÑANA

por Gabriel Santander.

Landeros, Lara Larios, Martínez, Méndez Mendizábal. . . Mendizábal . . .
¡Leticia Mendizábal!

Rangel, Rassini, Reyes, Reyes, Rojas, Ruiz, Saldívar. . . Saldívar. . . ¡Guillermo Saldívar!

—Libres como palomas Leticia.

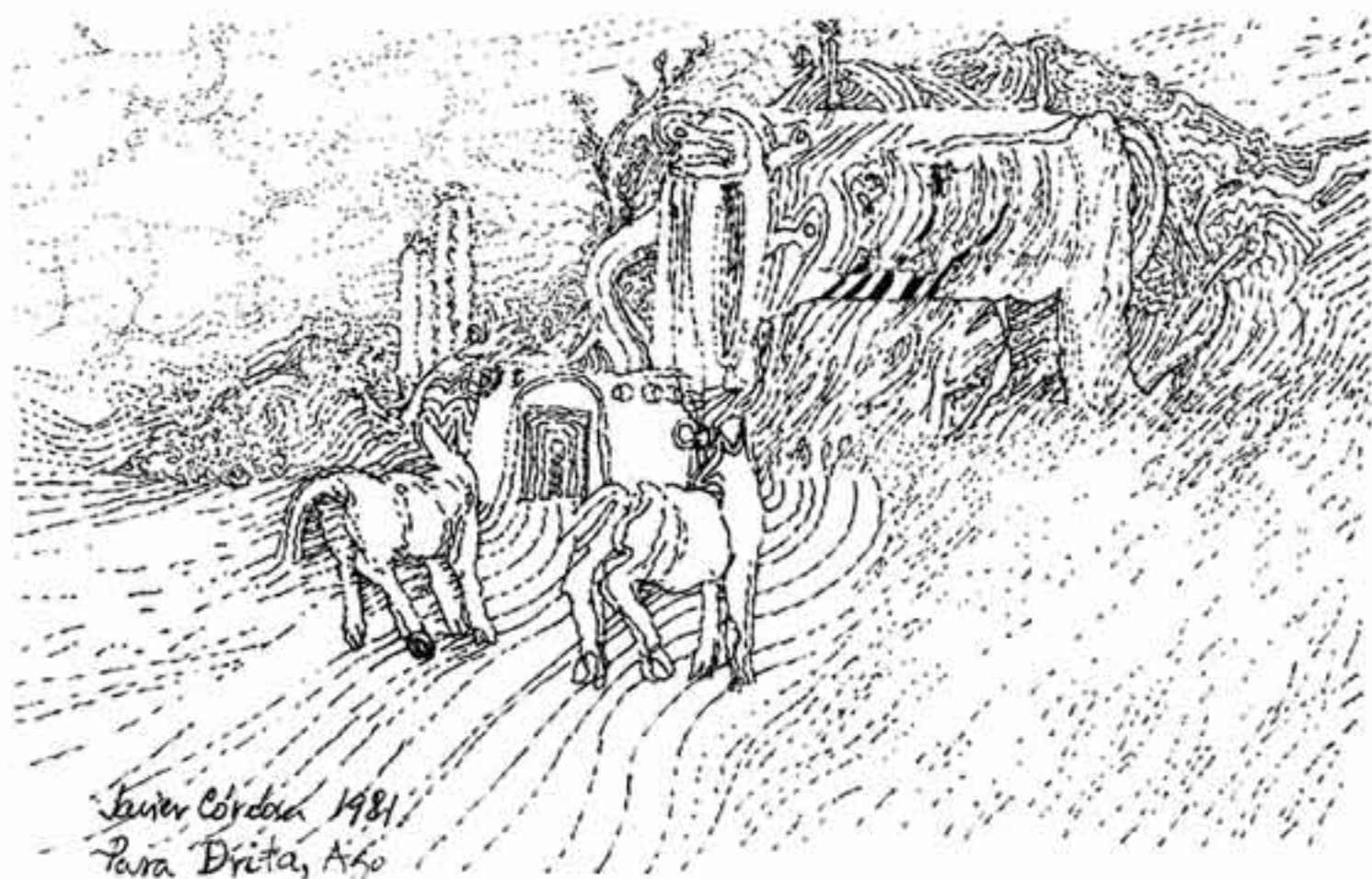
—Aunque sea por una mañana Guillermo.

—Quítate las colitas Leticia.

—No, es mejor así Memo.

Así o con su pelo suelto sombreando sus ojos era igualmente hermosa. La había convencido argumentando que solo una mañana tomada no era mucho para la cantidad de cosas que podríamos obtener como la suerte de encontrar casi vacío el trolebús, o como la ciencia de prever dos tortas de aguacate para que cuando el olor lo sugiriera, los dos las devoráramos sonriendo y mirándonos, y más tarde por el parque, comprar un globo y al dártelo asir tu mano de catorce años. Y bien valía la pena pintarnos una mañana con la expectativa tácita, de que al momento de despedirnos, diríamos algo sobre nosotros. Leticia y yo comprobamos que iba a ser así desde que encontramos dos asientos vacíos y juntos, desde que al poner el cassette de Aby Road en la grabadora que cargaba nos ruborizamos levemente cuando coincidimos can-

tando escuchable pero distraídamente; "Here comes the sun. . ." y luego ya deliberadamente viajando en el trolebús silbamos la melodía. En tales instantes pensé que sus piernas rosas que moldeaba su uniforme pegadas a mis piernas, bien justificaban no una mañana de pinta sino hasta pintarse toda la vida con Leticia. Una vez en el parque hundido, sentados frente a un tiempo de pasto y flores, pensé decírselo. A pesar de la solemnidad con que comencé, ella me interrumpió platicándome que nunca lo había visto, que sólo en las películas y en los sueños y que cada noche que pasaba deseaba más intesamente conocerlo. Exactamente lo dijo con voz de ilusión y bonitas palabras: "Memo, quisiera abrazarlo y ahogarme en su plenitud" Le contesté que yo sí lo conocía y que era mi obligación mostrárselo. Al principio titubeé pero una vez emocionados con la idea nada detendría nuestra decisión: ella descubrir y yo redescubrir lo profundo y lo azul del mar. A Veracruz en un día vamos y venimos, habla a tu casa y dí que no vas a ir a comer. Leticia me replicó que en qué nos íbamos a transportar. El ingenio fue mi aliado pues le comenté que para ir a su trabajo mi hermana deja su cochecito y yo, tramposamente, tengo un duplicado. Se lo decía casi en secreto abrazándola y hablándole al oído. Pero Memo, ¿sabes manejar bien en carretera?—me preguntó entre risas y temor— Le contesté que claro, que era un experto aunque la verdad era que todavía confundía el clutch y el freno. Total que a las doce del día, Leticia y yo rumbo a Puebla en el Opel de mi hermana, comiendo Gansitos con refresco, hablando de la maestra de geografía y agarrándonos la mano entre cada cambio de velocidad. Más adelante y en pleno campo Leticia me hizo una importante observación acerca de la normalidad o no de si era o no normal que de un auto emerja humo del piso. Ni a Puebla llegamos. El coche lo arreglamos gracias a la sabiduría de un camionero; él fué quien me hizo un elemental recordatorio: "Mira chavo, antes de salir a pasear es necesario revisarle el agua y el aceite al carro para que salga todo bien, ahora que ya le echamos agua, espérense un rato y luego arránquense pero con cuidado". Además también nos aclaró que Veracruz no está a media hora de Puebla como yo suponía. Leti sintió miedo, hasta tenía sus ojos a medio llorar . En el primer retorno dimos vuelta. Al cuarto para las dos, antes de que nuestros compañeros salieran, ya estábamos afuera de la escuela. Sin ver el mar pero contentos y tranquilos. Luego por primera vez la acompañé a su casa en coche. Una cuadra antes de llegar pensé decírselo pero no, no pude. Apagué el motor y entreabrió la puerta, nos lo dijimos pero sin palabras, con un inolvidable beso de diez minutos, establecimos un recado. Al poco tiempo yo me cambié de secundaria y pronto deje de verla pero todavía ahora, cuando miro el mar, describro que aún me acuerdo de Leticia.



Javier Córdova 1981
Para Drita, Aso

Taller Periodismo

Coordinado por Maximo Simpson

CRONICA

PERISUR

por Rodrigo Farías Bárcenas

Al traspasar el umbral de la gran entrada que conduce a Perisur, uno queda a merced de experiencias envolventes, adonde quiera que se diriga la mirada, una gran cantidad de objetos de consumo quedan a la vista. Después de dar unos pasos dejando atrás la entrada, no se exactamente dónde estoy situado, miro a la izquierda, a la derecha, arriba, abajo y recibo los de un lugar resplandeciente, perfectamente iluminado con luces fijas e intermitentes; paredes metálicamente recubiertas y tal abundancia de espejos, que me hacían sentir como Alicia en el país de los idem.

Estando en Perisur y por ser el último día de octubre, recuerdo que cada año, cuando se acerca el Día de Muertos, no faltan los señalamientos comentarios, condenas o reproches en relación a la progresiva pérdida de tradición que sufre el dos de noviembre en una ciudad como el Distrito Federal. Tampoco faltan advertencias o consejos, para que cuidemos nuestro dinero en una fecha, tradicional, que, como ya es sabido, se ha convertido en un motivo más para el consumismo.

Por eso asistí a Perisur, para poder presenciar el ambiente del centro comercial más grande de México en vísperas del Día de Muertos.

En realidad esperaba encontrar un lugar pletórico de alusiones a la fecha por celebrarse; brujas, calabazas, fantasmas, vampiros, calaveritas, que recuerdan más el "Halloween" norteamericano que nuestra tradicional celebración. Pero no fue así, pronto se vinieron abajo mis expectativas al observar la discreción ornamental del lugar. sólo algunos maniqués de tipo infantil mostraban disfraces de bruja, de fantasma o de momia y eran muy pocas las tiendas adornadas.

Fue la misma gente en el momento de realizar sus compras, la que me hizo comprender que cualquier día del año en Perisur puede parecer un día de fiesta.

Los visitantes van de aparador en aparador, justo como se pasa de una jaula a otra cuando se va de paseo al zoológico la actitud del consumidor frente a los aparadores, muestra un tanto de admiración y otro de sorpresa. Puede que admiren el deslumbrante diseño de la ropa, pero que se sorprendan por la cantidad marcada en el precio.

"ándale mamá, que . . . ¿ te duele duele gastar \$ 500.—?", gime la quinceañera ante su madre, que se niega a comprarle una delgada playerita.

Por inercia, subo unas escaleras eléctricas que me llevan al primer piso de lo que es Liverpool. Atraído por una tonada jazzística, llego a la sección de discos, después de cruzar el departamento de ropa, densamente concurrido, en el que era necesario esquivar las prendas de vestir como si se estuviera derribando maleza a brazo partido.

“Mamá, ¿nos llevamos éste?, ¡ándale! por mis calificaciones ¿sí?” suplica al niño a su madre mostrándole el disco de “Parchís” que tiene en su mano. Mientras, “el disco que está usted escuchando”, es un acetato de Frank Sinatra que tiene muy entusiasmadas a un par de respetables cincuentonas.

El departamento de discos es pequeño, pero aún así, es posible encontrar música que va de Rigo Tovar a Leonard Bernstein. Haciéndome partícipe del evento, pago mi mercancía, y salgo de esta sección con un disco bajo el brazo. Ya no soy un simple observador, sino un “orgullosa poseedor” de una lata de música en conserva.

En seguida, me dispongo a continuar el recorrido, cuando me invade la sensación de haberme perdido (“¿dónde carajos está la salida?”). Entonces cobro conciencia de que en este lugar, algo anda fallando con mi sentido del espacio.

Cuando por fin doy con la salida, y me dirijo nuevamente a la planta baja, me topo con un par de señoras que parecían angustiadas, que giraban su cabeza de un lado a otro, como si estuvieran buscando. “‘ora’ sí, creo que nos perdimos . . .” lo dice una señora a la otra, lo que provoca en mí una leve sonrisilla burlona.

Al bajar al primer piso, la parsimonia de las escaleras eléctricas, me permite hechar un vistazo a la parte exterior de Liverpool. El Palacio de Hierro es el polo opuesto a este lugar, a los lados destacan Sears y París Londres, los otros tres grandes almacenes que son la base de este eufemísticamente llamado “centro comercial”.

Y es que Perisur es más que un centro comercial, aquí se concentra la producción de las empresas transnacionales, sobretodo de las norteamericanas, que son las principales promotoras del del consumismo como forma de vida. Los altos niveles de consumo propiciados por las transnacionales, se convierten en un factor de sojuzgamiento, cuando los recursos del país son utilizados a favor de dichas empresas y en detrimento de un gran sector de la población mexicana que carece de los medios para satisfacer sus necesidades elementales.

Nuevamente en el primer piso, y ya fuera de Liverpool, aprovecho para descansar en uno de los espacios disponibles, especialmente destinados para tal fin, bancas de madera dispuestas en círculos, rodeadas de macetones, macetas y macetitas. Estos lugares están colocados al centro de un amplio espectro de diversión que ofrece el lugar.

En esta inmensidad de objetos, la animada plática de las mujeres hace recordar la algarabía de cualquier mercado, mientras pacientemente los hombres esperan. Se oyen los gritos de los niños que retozan, patinan y se arrastran en los lustrosos pisos, ante la atenta y vigilante mirada paterna.

Los visitantes recorren los aparadores uno por uno en forma circular, como hacen los provincianos en los parques municipales. Hay muchachas que abrazan sus bolsas de mercancías como si tuvieran entre sus brazos a un osito de peluche. Puede verse a gente aislada, en parejas o en grupos, que hacen de Perisur un lugar de recreo, como El parque de los venados, la Alameda o Chapultepec, sólo que en lugar de flores, árboles o mariposas, uno se ve ro-

deado de tiendas que exhiben todo lo que puede encontrar en un gran almacén, pero elevado a la quinta potencia.

Integrado a nuestra vida cotidiana, el consumismo es un factor presente en nuestras relaciones sociales. En Perisur se manifiesta una de las proposiciones básicas de la publicidad: la armonía familiar depende de la capacidad de consumo.

En este centro consumista, lujosamente acondicionado, la diversión se identifica con el consumo: consumir es divertido. Hay un ambiente de fiesta. Esto explica por qué al aproximarse una fecha como el Dos de Noviembre, en otros lugares donde se conserva la tradición, están listos para recibirla y aquí, en Perisur apenas y se hace notar, pues al parecer en este Centro comercial todos los días son días de fiesta.

Con los sentidos apabullados, casi por descuido, miro un reloj de pared que me da una idea del tiempo que he utilizado en hacer un recorrido apresurado a este conjunto de almacenes. Entonces cobro conciencia de que en este lugar algo anda fallando con mi sentido del tiempo.

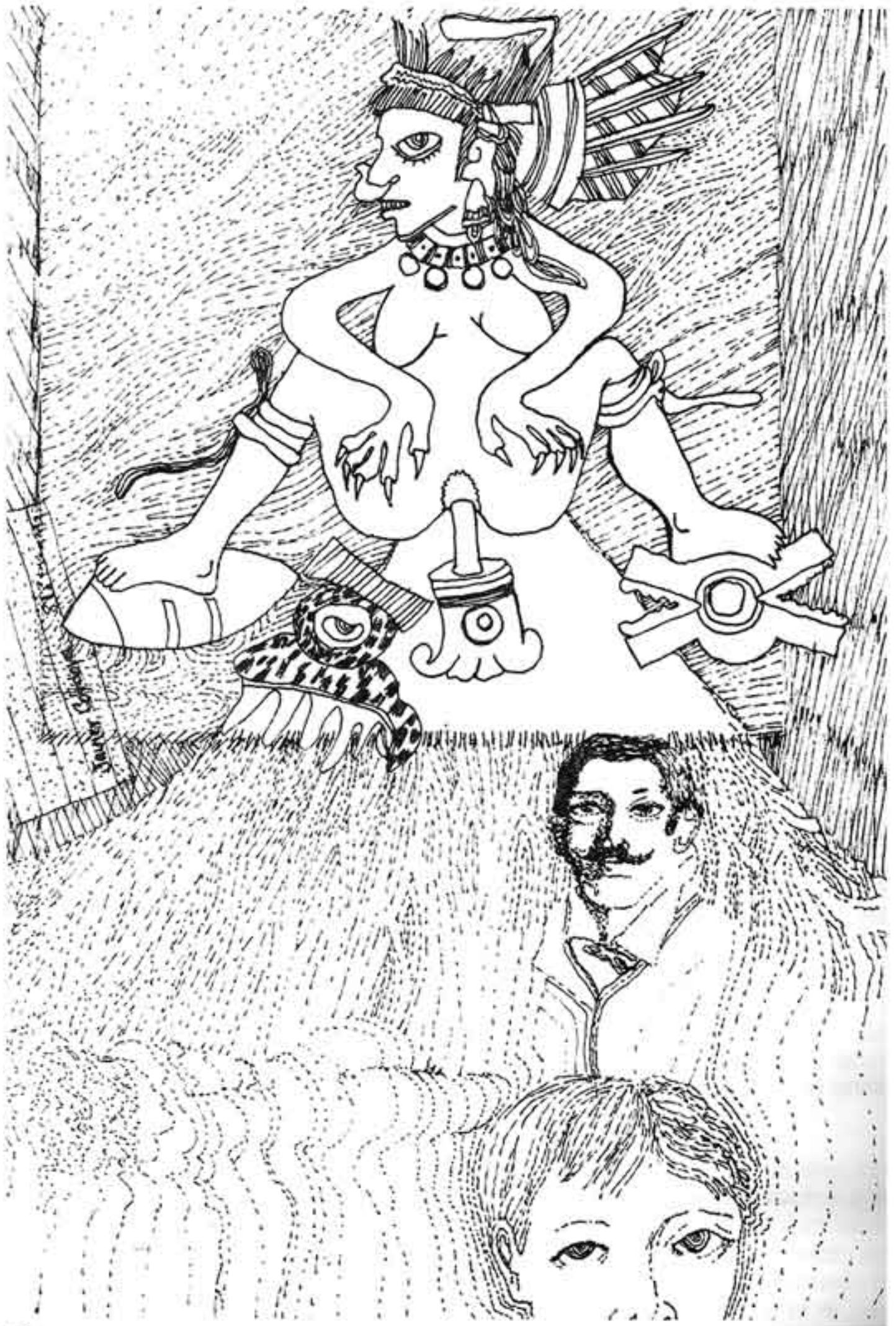
A toda prisa, busco la salida que se encuentra a un costado del Palacio de Hierro, junto a la zona bancaria. El lugar hace que asocie una frase publicitaria a propósito de Perisur: "no necesita ir a Paris para perfumarse como las francesas". Efectivamente, este "centro comercial" pone a disposición de la metropolitana clase media, aquéllas mercancías que, supuestamente, tienen el poder seductor de satisfacer los más exóticos sueños.

Y lo que es el colmo: estas "agudezas" me hacen descubrir que gasté más de lo que proporcionalmente tengo a mi disposición,

¡Vaya ironía para aquél que se internó en este laberinto de mercancías creyéndose dueño de sí mismo.!

Justo a la salida me toca ser testigo de un jubiloso encuentro: una joven pareja se abraza, mientras, él le pregunta a ella.—quién iba acompañada de una amiga—: "por dónde andaban que no las encontraba?". "Es que . . . nos perdimos" responde la muchacha bajando la mirada, al tiempo que acelero el paso, y digo para mí mismo: "nos perdimos, nos perdimos".





LIBROS

por Martha Ramírez Reyes

Heredad: es ante todo un libro que nos revela la transformación que sufre un autor a través del tiempo y del ejercicio del oficio de poeta. Es una especie de antología que reúne textos de siete libros escritos por Bohórquez y que se nos presentan ordenados cronológicamente, anteceditos por un extenso prólogo de Carlos Eduardo Turón.

Bohórquez no figura entre los poetas mexicanos más difundidos a pesar de gozar de un cierto prestigio "clandestino". Y este libro nos pone su obra seleccionada al alcance de la mano para conocer más a fondo a este autor.

Abigael Bohórquez se nos descubre como un poeta marcadamente influenciado por el mundo que lo rodea, tanto en el sentido físico como en el de los conflictos y contradicciones por los que atraviesa el ser humano en general como miembro de una sociedad que lo oprime y lo subyuga.

En sus primeros textos Bohórquez nos describe su mundo con sencillez, desenvoltura y un dejo de romanticismo. Notamos aquí una tristeza y melancolía reposadas en los versos un tanto autobiográficos.

Y crecí en los rincones
tirándole pedradas al hastío,
con la lengua amarrada,
mirándome en las lunas del ropero,
porque no me enseñaron qué era el beso,
ni la palabra,
ni los automóviles,
ni el sí.
ni el no.

La expresión de sus aflicciones es calmada, intimista, y sin embargo empiezan a avistarse violentas y rebeldes sus primeras preocupaciones sociales y políticas por situaciones como la explotación, la extorsión y la burla que se manifestarán ya abiertamente en los textos seleccionados del libro "Acta de Confirmación":

mientras no venga mi lápiz
a decir las verdades del sudor,
el carrete del hambre;
mientras venga a decirme solamente
de un agónico tacto,
no me sirve.

Como el título del libro lo indica, se trata de una confirmación del compromiso del poeta con una ideología rebelde ante la necesidad de prostituirse y corromperse en aras de la servidumbre de un empleo burocrático y contraria a la marginación y explotación de los seres humanos.

poeta quiere decir, en mí,
prófugo dulce
de alguna vieja infancia de sonajas,
y en este vasalleje, en esta servidumbre
de inclinar la cerviz,
poeta es - lo más que menos - :
hambre,
vendimia de la luz
por un pedazo agrio de pan mensual,
abdicación, condena
a a trabajos forzados.

Una vez establecido este compromiso, hace uso de la poesía para arremeter contra la injusticia, el racismo, las dictaduras, la religión e incluso contra la tradicional figura materna:

Del oficio de madre
pueden decir cosechas malogradas:
oficio mal pagado.
con réditos monstruosos cobrados cada aurora,
sin ganancias
con egresos de partos y de ojeras
con ingresos de cal y desencantos.

Para hacer sus denuncias el autor se vale de una poesía que lo abarca todo, en donde encontramos gran musicalidad, dominio del lenguaje - con el que le gusta jugar e inventar - y abundancia de imágenes muy bien logradas. Hace uso en ocasiones de la burla, el humor negro y un sarcasmo cargado de amargura que va a caracterizar su obra en este libro (editado en 1966) y en el siguiente, "Las amarras terrestres", aparecido en 1969. En este último nos encontramos en el inicio de la madurez poética y humana de Bohórquez, sus imágenes se enriquecen, sus temas son abundantes y aparecen elementos que se tornarán determinantes y perdurables en su poesía, como son el amor, la desesperanza y la búsqueda de un "algo" que se ha perdido. Un algo que puede ser muchas cosas, el amor, la verdad, la misma poesía, y que se expresa ampliamente en las "Canciones por Laura":

Todo fue dicho sin embargo, Laura.
Qué arboladura rota.
Qué nave enloquecida.
Qué soledad sin timonel ni velas.
Qué orfandad sin tu fuerza, Laura.

Algunos elementos se tornan simbólicos, como la lluvia: caos interior y rompimiento; y la noche que trae consigo los sueños en los que se realizan las cosas anheladas e imposibles:

Amada que deseo y que no llega:
Como una niña negra, la noche está lloviendo,
porque nadie la quiere.

...
Laura utópica llega
La niña negra duerme.
Silencio.
Yo sí te quiero, tranquila espesa niña.

Después de las compilaciones de estos dos libros, aparece "Memoria en la Alta Milpa", (un salto cronológico de 1969 a 1975) que nos entrega a un Bohórquez que ya ha recorrido una trayectoria como hombre y como poeta lo cual ha dejado en él una marca. Su juventud ha terminado y vuelve los

ojos sobre sí mismo, mira hacia adentro y repasa el mundo exterior. En su interior descubre un forastero, ya sin la vitalidad ni las fuerzas de antes, y en el exterior la realidad circundante que lo sigue aplastando.

Aguardo a que la noche
se tienda sobre este forastero que soy,
para decirte
que me acabo, aún cuando sea en vano,
y envejezco
de no poder hacer más que la vida,
amarga a boca llena.

Su poesía presenta ahora ideas deshilvanadas que reflejan la caótica realidad que lo oprime dentro de un ritmo y un momento determinado y a la vez totalizante. El paisaje que empezó a adquirir cierta presencia en "Canciones para Laura", se torna aquí decisivo; lo circundante, campo o ciudad, adquiere un valor y constituye una especie de escape o refugio. El medio ambiente influye en su falta de fe en la sociedad y sus instituciones a las que continúa satirizando con mayor sencillez y más efectividad que en sus libros anteriores. A través del camino recorrido por Bohórquez hasta este momento lo único que ha trascendido y conservado su valor a lo largo de las experiencias vividas, tormentosas o placenteras, es el amor y la poesía, temas en los que se concentra en "Digo lo que amo".

Por último, en "Desierto Mayor", abandona ya la burla y el sarcasmo y una vez que se quedó con el amor y la poesía, Bohórquez inicia un reencuentro con su origen, regresa al Desierto, a su tierra natal, descubre el paisaje, nos habla de sus lazos familiares y se traslada a un mundo distinto y lejano del que conoció en la ciudad.

Oh, Desierto,
ya todo lo recuerdo;
camino por mi nombre,
me paro a conversar con nuestras cosas,
y dulcemente, después de haber estado
sobre el fuego y el ala de la tierra,
no me importa quedarme,
mano para volver,
recomenzando
tu corazón y el mío.

Un mundo que lo envolvió y que a través de la Poesía nos entrega a un Bohórquez abierto, intenso, comprometido y solidario, rebelde ante la injusticia y la hipocresía, amargo, burlón y violento. Bohórquez es un poeta que refleja las contradicciones y angustias de su tiempo, conocedor y penetrador del espíritu humano que en este último libro cierra el círculo y queda sólo con la Poesía.

Inúndame,
haz de mis huesos el temblor;
no tardes tempestad,
golpea,
abre compuertas sin descanso al vértigo,
amor de niñez. POESIA . . .



Entrevista con Silvia Molina

POR MARIELA CUERVO

Silvia Molina, una de las escritoras más sobresalientes de su generación (nació en 1946), es una de las principales exponentes de la literatura testimonial; un ejemplo de ésta es su libro *La mañana debe seguir gris* (Ed. J. Mortiz, 1977) por el que obtuvo el Premio Villaurrutia ese año. Fue becaria del Centro Mexicano de Escritores en 1979-80. Estudió antropología en el INAH y letras hispánicas en la UNAM, esta formación está reflejada en sus libros *Leyendo en la tortuga* y *Ascención Tun* que publicó la Ed. Martín Casillas en 1981.

Actualmente es corrdinadora de un taller de Narrativa de *Punto de partida* y de otro del INBA; y trabaja en la coordinación de producción de la Ed. Martín Casillas.

MC: Una cosa me llamó la atención, Silvia: *La mañana debe seguir gris* es una novela testimonial; *Ascención Tunes* una mezcla de leyenda con la guerra de castas y *Leyendo en la tortuga* una recopilación de textos acerca de estos animales; entonces, ¿en tu obra no hay ficción?

SM: Bueno, la novela de *Ascención Tun* es ficción totalmente, o sea que el personaje no existió, ni la leyenda tampoco existió, y todos los personajes son ficticios. Como que mucha gente se va con la finta por lo que ahí digo; inclusive les puse hasta atrás un índice de personajes y hago aparecer como que nacieron en tal parte, murieron en tal otra y vivieron en tal lugar, ¿no? Los personajes que se mueven en la novela, los que están reclusos en la casa de beneficencia, no existieron, no había tal casa de beneficencia. *Ascención Tun* no existió.

Esa sí podría ser ficción totalmente; lo que pasa es que yo utilicé la cuestión de la Guerra de Castas para situarla en algún marco. Yo quería hablar de la Guerra de Castas de algún modo. Me interesaban muchos aspectos de esa época, por ejemplo: el hecho de que la emperatriz Carlota hubiera visitado Yucatán, que los imperialistas hubieran hecho las cosas que hicieron para recibirla, cuando la situación en Yucatán era completamente desastrosa por la Guerra de Castas. No tenían cinco centavos en las arcas de los ayuntamientos, ni en ningún lado y para recibir a la emperatriz Carlota dieron unos fiestones increíbles. Inclusive cuentan que quitaron de la carroza los caballos y la jalaron ellos.

Como que yo no me imaginaba la presencia de la emperatriz Carlota en Yucatán y mucho menos en aquella época. Y me impresionó muchísimo la Guerra de Castas porque yo nunca había oído hablar de ella, en la historia oficial. En las secundarias, en las preparatorias te hablan de la revolución, te hablan muy poco, por ejemplo, de la Guerra de los Yakis que también fue un problema, en el norte, bastante serio. Pero la Guerra de Castas, a mí cuando menos, en el colegio jamás me la nombraron. Nunca supe que había habido una guerra tan grande, de tantos años y tan importante.

Y pues mi papá era de allá (de Campeche). Entonces de alguna manera a la hora de estar revisando toda esa época, me llamó mucho la atención y quise situar mi novela en ese tiempo, pero lo que me interesaba dar era una anécdota más bien paralela a la Guerra de Castas.

Pero en muchas notas y comentarios que me hicieron daban por hecho que la leyenda había existido, y que de verdad era un trabajo de investigación.

MC: A mí me dio la impresión de que así era, claro que en un sentido diferente a *Leyendo en la tortuga*. Por eso me interesaba mucho leer tu primer libro *La mañana debe seguir gris* y me encuentro con que es una novela testimonial, autobiográfica en la que la realidad está transformada en literatura.

SM: Bueno, lo que yo pienso de mis dos trabajos, *Ascención Tun* y *Leyendo en la tortuga*, es que está muy presente mi formación antropológica. Pienso que por ejemplo en *Leyendo en la tortuga* quise dar a entender toda una visión antropológica ¿no?

Ahí están la mitología, la cosmogonía; además eran cosas que yo había manejado cuando estudié la carrera en el INAH, sobre todo lo que se refiere a cosas prehispánicas y pues de alguna manera dar así muchos aspectos de la tortuga era un poco una visión antropológica, lo mismo que podría ser *Ascención Tun*.

MC: ¿Y por qué la tortuga? ¿cómo surgió la idea de hacer algo sobre la tortuga, de recopilar textos, etc.?

SM: Bueno, realmente yo hice ese libro en la Facultad de Filosofía y Letras. En el primer semestre había una materia que se llamaba "Técnicas auxiliares a la investigación literaria" (creo), donde te enseñan a fichar, cómo citar y cómo investigar. Yo llevé la materia con Huberto Batis; entonces, él siempre nos dejaba fichar diversos animales o plantas, y nos pidió un trabajo para fin de semestre. Empecé a fichar animales o plantas pero pensé: si voy a fichar diferentes animales no voy a tener un trabajo que esté integrado y preferí fichar nada más puras tortugas. Fue un trabajo de investigación también.

MC: Y, ¿por qué no metiste un texto tuyo acerca de las tortugas?

SM: Pues no metí ninguno, ¿verdad? Muy buena pregunta. . . Bueno, fíjate que yo quise jugar mucho, inclusive quise inventar diálogos sobre, por ejemplo, dos escritores hablando de la tortuga y todo eso ¿no? inclusive había hecho algunos juegos para incluírlos y después textos apócrifos porque por ejemplo me encantaban las descripciones que daban en los diccionarios de las tortugas. Empecé a jugar y a hacer fichas apócrifas de diccionarios donde describieran a las tortugas como unos animales casi fantásticos, pero después decidí que como era un trabajo realmente

para la facultad pues debería estar nada más lo que se pudiera comprobar.

MC: Al empezar a leer la sección de la literatura, esperaba encontrarme un texto tuyo. . .

SM: Para la segunda edición. Fijate que nunca se me ocurrió meter un texto mío, te digo que apócrifos sí o conversaciones sobre la tortuga , pero nunca hice un texto mío.

MC: ¿El ganar el Premio Villaurrutia, te abrió muchas puertas?

SM: Pues sí y no. Antes del Villaurrutia nadie me conocía. Mucho tiempo después del Villaurrutia yo no publicaba en ningún lado. No sé si me benefició o no. A mí me pasó una cosa muy chistosa: yo no conocía el medio literario, porque nunca había estado relacionada realmente, yo era lectora pero hasta ahí. No conocía a nadie en el medio literario, cuando menos a nadie de mi generación, yo no tenía un grupo, digamos. Cuando publiqué *La mañana debe seguir gris* pues obviamente no me invitaban a participar en ningún lado. Permanecí un rato medio aislada del medio y ya después, pero mucho después empecé a publicar en suplementos culturales, en revistas, etc., y a mí no se me ocurría llevar un texto a ningún lado.

MC: ¿Y ahora sí crees que estás dentro de un grupo?

SM: Pues no precisamente dentro de un grupo, pero de alguna manera ya estoy en el medio literario, ya sé como está organizado, como se mueven las cosas. Cuando tú sales de novato no sabes ni quién es quién ni nada. Cuando terminé *La mañana debe seguir gris* no sabía ni a qué generación pertenecía, ni quienes eran mis contemporáneos.

Ahora después de haber publicado y haber estado trabajando sí reconozco un grupo; las personas que están trabajando al mismo tiempo que yo, aunque no sean de mi edad. Acabo de estar en la presentación de un libro fabuloso que se llama *Nadie diga que no es cierto* de Rafael Gaona que ganó el premio Juan Rulfo del INBA y pues el señor debe de tener unos 60 años. Escribió una novela maravillosa y es mi contemporáneo porque está escribiendo al mismo tiempo que yo.

MC: ¿O sea, que no tienes influencia de tus contemporáneos?

SM: Mira de alguna manera sí, obviamente, porque cuando empecé a escribir ya estaba leyendo ¿no? Y ya lo he dicho antes, yo escribía desde la preparatoria, pero realmente lo que a mí me abrió las puertas, cuando yo dije que podía escribir, fue cuando yo leí a José Agustín. Porque yo pensaba que la literatura era una cosa así muy complicada. Claro que es un oficio y que es muy difícil, que es una disciplina y que a base de trabajo vas conociendo todo ¿no? Cuando yo leí a José Agustín dije: escribe como se habla. Entonces yo también puedo escribir. Creí que no había de ser tan difícil.

Después hice una novela que se llamó *Esos fueron los días* y que nunca publiqué porque por supuesto era malísima, pero fue mucho movida por lo que yo encontré en José Agustín, y en otras palabras en la literatura de la Onda, en Gustavo Sainz y todos ellos. Aunque mi literatura no sea para nada literatura de la Onda.

MC: ¿Crees que en México se haga literatura testimonial en estos momentos?

SM: Mira, yo acabo de ser jurado en el premio testimonio del INBA en este año, en el cual se presentaron pocos trabajos, no recuerdo el número pero no eran arriba de 30. Había muchísimos textos de gente de Argentina, de Bolivia, de América del Sur o de gente refugiada, donde básicamente la literatura testimonial era la literatura de tema político. De los mexicanos que participaron, uno hizo un trabajo muy interesante, una persona del colegio de México, la verdad no se quién es porque tenía seudónimo, un trabajo sobre los corridos, muy interesante pero no era un trabajo de creación. Se presentó un trabajo de creación de plano pésimo.

MC: ¿Y qué opinas de la literatura que están haciendo las mujeres?

SM: — No creo que estén haciendo literatura testimonial realmente.

Pienso que hay bastantes escritoras ahora, que las mujeres nunca habían estado tan productivas como ahora. Hay una serie de escritoras que están haciendo cosas muy buenas, por ejemplo María Luisa Puga, Ethel Krauze, Carmen Bolullosa o Magaly Martínez y Josefina Estrada.

MC: ¿Te sientes en competencia con otras escritoras de tu generación?

SM: La mera verdad nunca he sentido competencia, creo que cada quien hace su trabajo y qué bueno que lo esté haciendo. Al contrario a mí me da mucho gusto, no me siento presionada ni nada cuando veo que hay otro escritor que es bueno, sobre todo si es una mujer.

MC: ¿Estudiaste letras influenciada por José Carlos Becerra?

Yo había estudiado Antropología pero me di cuenta de que mi formación literaria era bastante pobre y pensé que siguiendo la carrera tenía que tener una disciplina para leer cuando menos lo que se debía leer a fuerza. Por ejemplo yo siempre había dicho que *El Quijote* era fundamental y que lo iba a leer pero yo creo que si no me hubiera inscrito en la carrera no hubiera tenido la disciplina de a fuerza leer *El Quijote*, *el Guzmán de Alfarache*, ni de leer a todos los clásicos españoles, y a los clásicos ingleses. Sentía la necesidad porque pensé que sería una manera más fácil de cuando menos cumplir con las lecturas fundamentales, de lo cual no me arrepiento porque creo que me sirvió bastante la carrera.

MC: ¿Has pensado en escribir algún cuento o alguna otra novela acerca de tus experiencias en Europa?

SM: Esa fue una etapa de mi vida, concretamente la novela, de la que nunca hubiera hablado, ¿no? y pienso que para mí escribir la novela significó mucho e inclusive nunca he vuelto a hablar de eso. Yo pienso que ya, me costó bastante trabajo decir algo y ya lo dije y ya está ahí.

MC: ¿Cuales son las diferencias fundamentales entre hacer cuento y hacer novela?

SM: Para mí el cuento era mucho más difícil. En la novela tienes mucha más oportunidad de extenderte. Al principio pensaba que el cuento era mucho más difícil que la novela en ese aspecto y ahora fíjate que no veo mucha diferencia, lo que pasa es que desde el momento de concebir un tema éste nace con la forma. Dices: “este es un buen tema para cuento”, o “sería una buena novela”.

Para mí era más difícil hacer cuento que hacer novela, como que en el cuento no debe sobrar nada, está todo tan condensado, todos los elementos que aparecen en el cuento están ahí porque de alguna manera inter-

viene en el cuento y no hay otra. En la novela hay oportunidad de jugar con ciertas cosas. Yo tengo varios cuentos y espero publicarlos el año que entra.

MC: Y por último, Silvia qué opinas de los talleres literarios?

SM: Creo que los muchachos aprenden mucho, les ayuda bastante.

El otro día estaba yo en una reunión sobre la intimidad del escritor. Estaba Bernardo Ruiz y le hicieron una pregunta acerca de los talleres literarios, contestó lo mismo que yo pienso: Depurar tú solo un trabajo con poco conocimiento lleva muchísimo tiempo y esfuerzo y mientras que si tu haces eso en un taller literario aparte de que aprendes te ahorras muchísimo tiempo. Aprendes muchos trucos que obviamente llegarías a aprender tú sólo pero que en un taller es más fácil. Yo creo que un taller no hace escritores. El que nace escritor puede estar en un taller o no de todas maneras será escritor. Un escritor que empieza no puede estar en un taller eternamente.

Lo que hago en mi taller, es que casi siempre llevo un libro y leemos antes de empezar la clase. Llevo lo que me dí cuenta que me hacía falta a mí al principio, las lecturas fundamentales, lo que hay que leer. Se habla de libros y de los trabajos de los integrantes; lo fundamental, creo, son las lecturas y, los que quieran ser escritores deben entrenar la disciplina, porque pueden tener la posibilidad pero si están pensando que al ratito o que el año que entra, no van a llegar a ningún lado. Hay que ponerse a escribir y tener una disciplina bastante seria.

México, D.F. Enero 1983

**UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTONOMA DE MEXICO**

Rector

Dr. Octavio Rivero Serrano

Secretario General

Lic. Raúl Béjar Navarro

Secretario General Administrativo

C.P. Rodolfo Coeto Mora

Secretario de Rectoría

Dr. Jorge Hernández y Hernández

Abogado General

Lic. Ignacio Carrillo Prieto

Coordinador de Extensión Universitaria

Lic. Alfonso de Marfía y Campos

Director General de Difusión Cultural

Ing. Fernando Galindo Treviño

**Departamento de Talleres, Conferencias y
Publicaciones Estudiantiles**

Marco Antonio Campos

Coordinador

Mariela Cuervo Vergara

Ma. Luisa Anzaldúa de la Lata

Responsables de la colección:

Marco Antonio Campos,

Fernando Galindo,

Margarita García Flores

Extensión cultural/ UNAM

En Kromo Litho, S. A.
se termino la impresión
de Punto de Partida No. 79
en febrero de 1983.
Se tiraron 2,000 ejemplares.